

# Q'OM

## Indio Toba

Clemente  
López

Recopilación:  
Antonieta Pardo de Ferreyra

**Vicente López**  
Agosto 2000

## Introducción

Conocí a Clemente López una tarde de verano, cuando una amiga común, la señora Elena Ayabar, lo acompañó hasta mi casa para analizar la posibilidad de concretar un antiguo sueño: volcar en páginas los recuerdos, tradiciones, leyendas y costumbres de los indios tobas. Es bien sabido que estos aborígenes del Chaco, como tantos otros, están abandonando sus tierras para poder sobrevivir o permanecen en ellas soportando privaciones pero, en ambos casos, luchan para que sus derechos sean reconocidos y les sean devueltas las tierras que, pese a los decretos de 1992, aún no están en su poder.

Un grupo de ellos, guiados por Clemente López, se instaló en Derqui, Provincia de Buenos Aires y, desde allí, tratan de ganarse la vida trabajando en aquello que se presente, levantando sus propias casas, educando a sus hijos y, sobre todo, enseñando y vendiendo su tradicional artesanía, con intención de conservar –tanto como sea posible– las habilidades y costumbres vernáculas. Pero Clemente quiere más. Quiere que esas ancestrales tradiciones puedan conservarse para todos ellos, sus hijos y nietos y aun para quienes, sin pertenecer a su raza, se interesan por conocer la manera de vivir de uno de los primitivos grupos étnicos que habitaron estas tierras.

Por mi parte, conozco a Elena hace varios años. Ambas somos miembros de la Agrupación «JxJ» – *Juntos por Jairo*, grupo fundado por Estela de Rodríguez, que reúne amigos y admiradores del popular cantante. Como ellos, compartimos emociones con la interpretación que éste ha hecho de la bellísima canción *Antiguo Dueño de las Flechas*, tema de Ariel Ramírez con versos de Félix Luna que, en imágenes sonoras, hace llegar al oyente auténticos reflejos del alma toba. Esta relación afectivo-musical nos llevó a responder gustosamente al llamamiento solidario de ayuda al indígena, convocado por el Sr. Luis Landriscina a través de Radio Nacional. En tal oportunidad, algunos miembros de la Agrupación trabaron

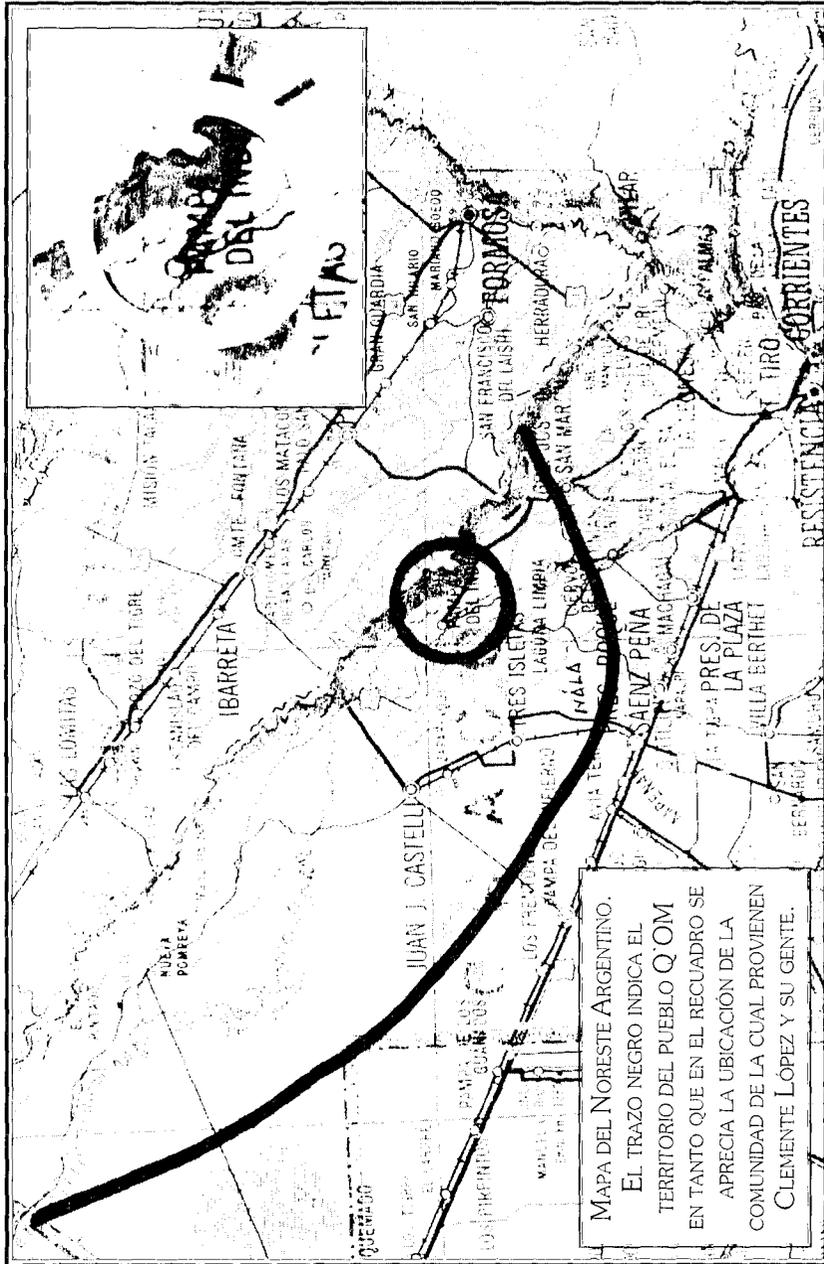
conocimiento con los López, derivando ésto en poco tiempo en una real amistad familiar que culminó con el padrino de dos socios al más pequeño de los hijos de Clemente. La flamante madrina, Elena Ayabar, supo muy pronto del sueño que acariciaba su compadre: ver volcado en un libro todo el caudal de conocimientos y leyendas de su pueblo, obligado ahora a adaptarse a la vida ciudadana, pero con derecho y ganas de preservar sus tradiciones.

Todo el contenido de este volumen estuvo siempre en la memoria de Clemente López, sin posibilidad de redactarlo. Como amiga personal, Elena conocía mis intereses literarios y mi afortunada intervención en algún concurso, razón por la cual me ofreció la oportunidad de convertirme en recopiladora de tales relatos, aunando sus conocimientos y mi vocabulario. En sucesivas «sesiones», él nos brindó estas narraciones que grabamos en cintas magnéticas y luego, concluida la etapa, me dediqué de lleno a poner por escrito lo escuchado, dándole la forma gramatical requerida pero tratando siempre de no alterar su espíritu. Así como este libro no emplea palabras textuales de Clemente, tampoco se despliega una sola idea que no sea suya. Es nuestra esperanza y deseo que esta fusión dé un buen fruto y que su lectura resulte gratificante y amena para quienes, tobas o no, se internen entre estas páginas como si fuesen senderos en la selva Q'OM.

*Antonieta Pardo de Ferreyra*

**Toba dueño como antes  
del bagre y la miel  
cazador de la charata,  
la onza, el tatú...**

**Félix Luna**



## Presentacion

Me llamo Clemente López y nací en Pampa del Indio, en la Provincia del Chaco, aproximadamente a 250 kms. de la ciudad capital de dicha provincia. Pertenezco a la comunidad indígena Q'OM, rebautizada TOBA por los españoles, palabra cuyo origen o significado desconozco, pero es con la cual se denomina actualmente a nuestro pueblo. En el pasado, nuestro Chaco natal nos alimentaba, así como a los Wichís, Matacos y Pilagás —pueblos de distinto idioma e idiosincracia— que compartían el terruño y sus frutos naturales. En esas regiones chaqueñas, para poder vivir dignamente, una familia necesita aproximadamente 50 has. (dado que la tipografía del terreno hace que una buena parte no sea cultivable) donde poder sembrar y obtener cosechas suficientes para cubrir sus necesidades; actualmente hay grupos aborígenes que, para no abandonar el lugar, comparten 25 has. entre veinte familias, resultando en consecuencia bastante fácil imaginar sus condiciones de vida. En estos tiempos, las tierras donde nacimos no nos proporcionan el sustento imprescindible para subsistir, viéndonos obligados a abandonar nuestro suelo y sobrevivir donde y como podamos. Esto conlleva la pérdida de nuestras tradiciones y el obligado abandono de costumbres ancestrales; como consecuencia, nuestros hijos van desconociendo, poco a poco, sus propias raíces y los adultos nos enfrentamos a la difícil tarea de hacerles conocer y comprender nuestras mejores tradiciones, en un hábitat totalmente opuesto al de sus abuelos y, en muchas ocasiones, altamente conflictivo.

El cambio de vida a que nos hemos visto obligados los indígenas que fuimos trasladados a las ciudades, enfrenta nuestras costumbres a la necesidad de convivir con la sociedad tal como se entiende en ella. En nuestra comunidad, donde no existen las posesiones personales sino que todo es de todos, por simple consecuencia no existe el robo. El prestar y compartir es enseñanza inculcada por los abuelos a los pequeños desde su más tierna infancia, de generación en generación. Un elemento tan indispensable para la subsistencia, como es el

arco utilizado en caza o pesca, por ejemplo, no es señalizado para individualizar a su propietario, dado que no lo tiene; ponerle nombre sería negar el sentido de hermandad que iguala a todos. Esto es difícilmente aplicable en esta sociedad y el choque emocional motivado por la diferencia de costumbres entre uno y otro ambiente, resulta traumático para los mayores y desconcertante para los pequeños, quienes se encuentran día tras día con situaciones incompatibles con las enseñanzas recibidas. Estas enseñanzas, basadas en el amor y la hermandad, han sido cuidadas durante siglos; bruscamente, debido al entorno donde nos vemos insertos, resultan inaplicables para una sociedad que tiene valores tan distintos a los nuestros. Y los abuelos se enfrentan a la penosa realidad de ver que la conservación de tan antiguas tradiciones deja a los niños desprotegidos ante compañeros y vecinos.

Debo aclarar que es costumbre de nuestro pueblo denominar «abuelos» a todos los ancianos y ancianas de la tribu, pues son ellos quienes guían, enseñan y presiden ceremonias en la comunidad, cuyos miembros se consideran hermanos (ARKAIÁ) y son siempre orientados por los consejos de aquellos. Si bien he recibido mis enseñanzas de todos los abuelos, no puedo dejar de tener un agradecido recuerdo de los recibidos de mi abuela paterna, quien con ellos inculcó en mi corazón la fuerza necesaria para luchar en la vida sin perder mi identidad, como también para afrontar con valentía cuanto me deparase la suerte en los difíciles años por venir. Desde pequeño, cuando la tenía a mi lado, hasta ahora que ya no está físicamente, ha sido siempre un sostén espiritual a través del amor y los consejos que me dejó. Ella tenía una visión especial para adelantarse a los sucesos que nos afectarían en lo futuro y más adelante relataré algo al respecto. Cuando presintió los problemas que yo tendría en la escuela, centró sus enseñanzas en darme fortaleza para enfrentarme con el racismo, el desdén y la discriminación. Al comprenderlas aprendí que, sólo guardando sus consejos muy hondamente en el corazón, podría llegar a luchar por nuestros derechos y supe también del orgullo de conocer y reconocer mi raza y mis ancestros en sus auténticos valores. Su legado ha dejado tal huella en mi espíritu que, al momento de entrar a un lugar desconocido, siento dolor físico si allí voy a ser discriminado en algún sentido, como asimismo es muy profunda la sensación de bienestar y reconocimiento que se adueña de mí cuando percibo que se me respeta.

Quiero citar, como ejemplo, la experiencia que viví cuando

estuve en Tandil, invitado por la Universidad de esa ciudad. Tan pronto traspasé su umbral, sentí que era bienvenido y, al decir «sentí» me refiero a una verdadera sensación que no se motiva en saludos o frases oídas, sino en una especie de resorte interior que me «avisa». En dicha Universidad, luego de presentarme, tuvieron la gentileza de saludarme con la canción «Antiguo Dueño de las Flechas» (Indio Toba), de Ariel Ramírez y Félix Luna; mientras la escuchábamos, ví lágrimas en los ojos de muchos de los presentes. Mi emoción creció y también yo sentí el escozor del llanto. Al cerrar los ojos para contenerlo, ví claramente a mi abuela y —una vez más— su espíritu me llenó de fuerzas para luchar y vivir. Debo aclarar que menciono la Universidad de Tandil sólo por la visión que en ella tuve de mi abuela, puesto que en más de doscientos colegios ha sido bien recibido y, en la gran mayoría de ellos, he sido agasajado con esa canción que tanto significa para mí. Por ello deseo incluir una línea de agradecido saludo a los autores del tema y al cantante Jairo, quien lo interpreta con el auténtico sabor y color de nuestra raza. Tan significativos son los matices que pone en su canto y tan similar al estilo que los tobas damos a nuestras canciones que, siendo participante en septiembre de 1995 de una inauguración en el Chaco, presidida por la Asociación que lucha por la recuperación de nuestras tierras, me pidieron que les consiguiese la grabación. Esto no era posible entonces en los pueblos, así que tuve que solicitarla a una de las escuelas que había visitado donde, afortunadamente, obtuvieron una copia, brindándonos con ella la posibilidad de revivir, al oírla, una verdadera estampa de mi pueblo.

Con el ferviente deseo de que los niños tobas no ignoren sus raíces y para que quienes no nos conocen encuentren un retrato fiel de nuestras costumbres aborígenes, escribo este libro tratando de pintar en él lo más arraigado de nuestras tradiciones. Estos valores no deben desaparecer así como así, dado que la nuestra es una de las más antiguas culturas representativas de esta zona de América, cuya libertad se truncó por la desmedida ambición de conquistadores y colonos. El encuentro de los primeros con los indígenas derivó, por codicia e ignorancia, en la casi total aniquilación de los pueblos nativos, cuando ambas culturas podrían haberse enriquecido en una amalgama de amor y tolerancia. No por sabido es menos destacable que esta situación, repetida en todo el continente americano, es un hecho histórico del cual los tobas son, infortunadamente, sólo un ejemplo más.

## I

La comunidad toba es una sociedad basada en el sentido de la hermandad y en un ancestral respeto y obediencia a los mayores, a quienes denominamos abuelos. Ellos representan la máxima autoridad de las familias y son quienes guían la conducta de todos, desde el cacique hasta los niños, a quienes comienzan a enseñar el manejo del arco y la flecha desde los nueve años, aproximadamente, para tenerlos bien capacitados a los doce. Ellos presiden la más relevante de nuestras fiestas, la de la Primavera (NAVOGÓ), sin cuya presencia no se realizaría, como tampoco ninguna otra ceremonia de importancia. Es ésta la festividad más significativa de la comunidad, dado que nos señalaba el principio del año, cuando las Navidades, Pascua o Carnavales eran desconocidos para nosotros (aproximadamente hasta el año 1927, según recuerda mi padre).

El nuestro es un pueblo esencialmente pacífico; en él no se registran asesinatos, violaciones u otros crímenes comunes en el llamado «mundo civilizado». Los abuelos son los encargados de transmitir a los jóvenes los conocimientos de nuestro mundo: los valores terapéuticos de las plantas, los cánticos sanadores, las virtudes de diversas raíces. Ellos son quienes dirigen las danzas, testimonian los matrimonios y también componen cualquier tipo de desavenencia. Sus enseñanzas se basan en el amor, comenzando por el debido a la Madre Tierra (KARATE É), el suelo del cual obtenemos, por ejemplo, el material para nuestros trabajos en cerámica. Hasta el día de hoy, cuando confecciono alguna de esas piezas, siento la presencia de mi abuela pues, aunque ella ya no sea visible, me ha pasado su espíritu y con él me acompaña y alienta. Nuestros abuelos se encargan de guiar a sus descendientes en la vida comunitaria, desde tiempos inmemoriales, cuando nadie sabía de escuelas ni maestros.

Nuestro asentamiento a orillas del Bermejo, a 350 kms. aproximadamente de los centros urbanos, no recibía influencia del exterior y nuestro acceso a los poblados del norte se veía limitado y

escaso de contactos, debido principalmente al temor o desconfianza que los pobladores sentían por los indígenas, ante cuya presencia se encerraban en sus casas. Esta situación se agravaba por el mutuo desconocimiento del lenguaje, problema que comenzó a solucionarse con el funcionamiento de las escuelas bilingües, que permitieron a los tobas comprender y utilizar el idioma español. Con el correr del tiempo, algunos se convirtieron a su vez en maestros de escuela y se fueron abriendo las puertas a una integración cada vez mayor entre ambas culturas.

Al principio, se permitía a los indígenas que habían completado la primaria, enseñar en las escuelas de la zona con carácter de auxiliares. Actualmente, nadie está autorizado a desempeñarse como maestro sin tener los estudios secundarios completos pero, en aquel tiempo, permitió que algunos alumnos fueran instruidos –en sus primeras letras– por «maestros» tobas bilingües. Fue un recurso para salir del paso cuando, al inaugurarse nuevas escuelitas, se debía dar enseñanza elemental y primaria a quienes ignoraban totalmente el español.

En estos días, lejos de nuestro terruño natal, conservamos nuestro idioma entre las familias, haciendo lo posible para que nuestros hijos no lo abandonen: lo aprendido en la infancia nunca se olvida; eso les permitirá siempre manejar ambas lenguas. Si utilizaran únicamente el español aprendido en el colegio y hablado en la calle, no tendrían ya más la oportunidad de conocer nuestra lengua ancestral y muchos son quienes desean volver al Chaco, cuando recuperemos nuestras tierras. Es de esperar que los tobas educados en Buenos Aires puedan, utilizando ambos idiomas, transmitir a sus hermanos lo aprendido y hacerles perder el temor al blanco, así como la instrucción y el idioma demuestran aquí al blanco que también debe perder el temor al indio.

Hace años ya que recorremos colegios donde damos charlas sobre nuestras costumbres y exhibimos trabajos artesanales, en cerámica y fibra de chagua, tejida por nuestras mujeres. Algunas de esas reuniones han sido muy concurridas, aunque hubo muchos colegios donde, en primera instancia, fuimos rechazados: una directora nos explicó que sus alumnos se asustaban si les hablaban de indios. Hubo muchos más donde fuimos bien recibidos y, debido a éstos últimos, fuimos finalmente invitados a los primeros.

Recordando aquellas primeras reuniones, tengo muy presente un colegio que se había llenado de padres y alumnos. Probablemente, al principio solamente había curiosidad de parte de ellos, pero se crearon climas tan emotivos que se llenaron de lágrimas los ojos de más de una mamá y quedaron sentadas las bases para futuras charlas. Según la cantidad de alumnos que asistan a un colegio, determinamos cuántos de nosotros se presentarán, dado que –amén de la parte explicativa– se les enseñan también las artesanías.

Pero años atrás, en el Chaco, se educaba a la población con los medios al alcance en ese momento: se impartió educación primaria a los cosecheros que trabajaban en la recolección del algodón, mediante clases dictadas los sábados por maestros que concurrían a las colonias; de esa fuente se nutrió mi padre para ingresar al idioma y cultura argentinos.

En mi caso, tengo recuerdos muy definidos de mi paso por la escuela. Cuando se acercó el momento de iniciar mis estudios, mi querida abuela, quien –como mencioné anteriormente– presentía claramente cuando alguna experiencia dolorosa nos iba a golpear, sufrió por anticipado las absurdas situaciones que me tocaría vivir.

A partir del segundo grado, el colegio pedía a los alumnos indígenas que decoráramos los actos del 12 de octubre «disfrazándonos» de indios, para lo cual debíamos lucir nuestra antigua indumentaria de cuero de guazuncho, mientras nuestros compañeritos blancos, disfrazados de españoles, revivían en el colegio la conquista de nuestro suelo. Mi abuela sufría y lloraba por ello, aunque yo todavía no estaba en condiciones de comprender su profundo significado.

Más adelante, llegando ya a los 10 años, me sentí hondamente lastimado cuando, para los festejos de una fecha patria, apartaron del acto a los alumnos más pobres (entre los cuales me contaba, por supuesto), mezclándolos entre el público asistente a fin de ocultar nuestros gastados pantalones o rotas zapatillas que desentonaban con el atuendo del resto del alumnado. Este repudio a la pobreza ajena me descolocó emocionalmente, haciendo que me sintiera alejado, como si yo no fuera un argentino más y aquella bandera que se honraba no fuese también la mía. Herido por aquella discriminación, cuando llegó el 12 de octubre y se nos requirió una composición alusiva al tema, preparé la mía y comencé a leerla en clase. Con mi escaso idioma español señalé los dos puntos que me inquie-

taban: la exclusión que había sufrido en la anterior fecha patria y lo absurda que me resultaba la pretensión de que yo festejara el «día de la raza» dado que, para los tobas, tal evocación no significa una fiesta sino el comienzo del fin de nuestra cultura, costumbres y civilización, indicando que mejor podríamos recordar el 11 de octubre como el último día de libertad de nuestro pueblo. No se me permitió leer el resto de mi composición: fui llevado de la oreja por el maestro hasta el mástil de la bandera, donde me dejaron todo el día en penitencia, de pie y sin merienda.

Al día siguiente me llevaron a la dirección, donde me interrogaron los directores, inspectores y maestros. Expliqué mis sentimientos lo mejor que pude y, aunque no fui expulsado, a partir de entonces se me hizo un gran vacío, al punto de verme aislado de todos mis compañeros. En esos duros momentos, el amor y comprensión de mi abuela fueron un bálsamo y sus consejos arraigaron profundamente en mí, como la mejor «arma defensiva» que me tocaría emplear a lo largo de la vida.

### *La Chuña y el Zorro*

(FÁBULA)

*La chuña sabía que el zorro tenía mucho charque bien guardado. Un día que estaba hambrienta, le pidió al zorro que la convidara, pero él no quiso compartir su comida. Así fue como la chuña ideó un desafío que tendría como premio el ansiado charque. Se trataba de probar cual de los dos era capaz de resistir más tiempo bajo el agua; para demostrarlo, ambos se zambulleron, pero el tramposo zorro espiaba, comprobando que tan solo las plumas de la chuña sobresalían de la superficie.*

*Cuando se sintió incapaz de aguantar ni un segundo más, se dió por vencido y, rindiéndose, invitó a su rival a salir del agua. Pero ésta seguía sin moverse, así que el zorro tiró de las plumas y se quedó con ellas en la mano.*

*La astuta chuña había clavado plumas en el barro, bajo el agua, para engañar al zorro quien, muy enojado por la jugarreta, volvió a su guarida para encontrar que su tan cuidado charque había desaparecido en la panza de la chuña que, feliz y satisfecha, se había instalado en lo alto de un árbol para hacer la digestión.*

## II

Mencioné en el capítulo anterior que, cuando éramos niños, se pedía a los alumnos aborígenes que usáramos nuestra tradicional indumentaria de cuero, para identificarnos como indios en los actos escolares. Efectivamente, antes de la conquista española la vestimenta se basaba en pieles de carpincho, guazuncho o nutria, con forma de falda para hombres y mujeres y se llevaban sandalias confeccionadas con el cuero del lomo de tapir. Se tejían faldas con las fibras de las hojas de chagua (golpeadas por las mujeres hasta sacarles todo el jugo), destacándose asimismo las realizadas con plumas de ñandú, utilizadas en ceremonias y danzas durante las cuales también se usaban tocados de plumas en las cabezas.

Con la chagua se tejían también las redes para pescar y actualmente se confeccionan hermosos bolsos trenzados.

Remontándonos en el recuerdo a aquellos días de cinco siglos atrás, se cuenta, acerca de la pintura aplicada sobre el rostro de los aborígenes, que tuvo un motivo altamente significativo: durante la conquista española, hubo quienes desaprobaron el mal trato que se infligía a los nativos y, no queriendo hacerse cómplices de los abusos y matanzas, fueron a vivir con ellos a los poblados indígenas, a fin de ayudarlos a eludir enemigos tan poderosos. Naturalmente, tales «desertores» sabían muy bien el destino que les aguardaba si sus compatriotas les echaban el guante; por tanto, cubrieron los rostros de los indios y los suyos propios con pinturas diversas, a fin de hacerse más difícilmente identificables, al lucir todos un aspecto similar. Se dice que la intervención y defensa que tales individuos proporcionaron a los indígenas, salvó a éstos de la aniquilación total: sin el apoyo de esa gente —que conocía las tácticas y manejos de los conquistadores— difícilmente se hubiese salvado ningún aborígen. Debido a su espíritu básicamente pacífico y a la inutilidad de las flechas como medio de defensa ante la pólvora, la única salida encontrada por los caciques para evitar la extinción total fue el refugio

en la selva, donde fueron internándose ante los avances del extranjero, buscando escondites diversos pero manteniendo siempre la cercanía del agua. Las orillas del río Bermejo sirvieron de amparo y sostén a esta perseguida comunidad.

En la vida de los tobas, además de su utilidad como proveedor de cuero para ropas, el guzuncho es de vital importancia. Es un animal parecido al ciervo, aunque más pequeño y su carne es comestible y muy sabrosa. La tradición enseñada por los abuelos nos indica que no debemos traer más de uno por vez, dado que con eso se satisface la comida de la noche, para toda la comunidad. La cacería del guzuncho se hace al caer la tarde y debe aprovecharse enseguida debido al intenso calor de la zona del Chaco. Hacemos charque con la carne que no se utiliza esa noche, pero no alcanza el tiempo para preparar más de uno y, de quedar otro, al siguiente día con seguridad estaría descompuesto y habría que tirarlo. También nos enseñaron que la carne que traemos es nuestra propia suerte: si permitimos que se pudra y tenemos que tirarla, estamos también desperdiciando nuestra fortuna. ¿Y cómo podrían atreverse, nuestras madres y abuelas, a tirar la suerte de sus hijos y nietos?

De hecho, el guzuncho es muy empleado por la comunidad, pues su utilidad es múltiple: de sus pezuñas obtenemos los sonajeros para las fiestas rituales y con su cuero confeccionamos cuerdas para los arcos y las tapas para cubrir el tronco ahuecado del Palo Borracho, cuando preparamos la preciada aloja. Con ese cuero fabricamos también las hondas utilizadas en la caza: para hacerlas, lo trenzamos y rematamos con un grueso cuero de tapir. Con estas hondas se emplean bodoques de barro como proyectiles.

Un particular procedimiento es el empleado para fabricar las bolsas utilizadas en la recolección de miel: se saca el cuero a un guzuncho y se lo da vuelta desde la cabeza, dejando el pelo hacia adentro. Se le da forma de bolsa mediante un apretado relleno de hojas que lo mantiene estirado. Una vez que se ha secado totalmente al sol, se retiran las hojas y queda con la deseada forma de bolsa.

Los hombres las llevan cuando salen a buscar miel y van metiendo en ella los panales que, al regreso, las mujeres distribuyen entre todos. Como los pelos del interior de la bolsa se van embebiendo con la miel que rezuman los panales, al terminar la distribución de éstos, se cuelga la bolsa boca abajo, sobre un recipiente don-

de va cayendo, gota a gota, la miel adherida a los pelos. Puede llegar a juntarse un litro en una noche y, repitiendo la operación al día siguiente, puede caer medio litro más. Esta bolsa siempre conserva algo de miel en su interior y se usa repetidamente por ser muy durable y resistente, mientras no se moje. Acostumbramos dejarla colgada y, si accidentalmente cae al agua, sabemos que es señal segura de que tendremos lluvia.

Es la miel un rubro muy importante en la vida toba. La llamamos TESAGALTA-Á y tenemos una gran variedad de tipos. La más conocida, por supuesto, es la de abejas, pero también contamos con la Tapesuá, la Lechiguana, el Cabachuí y otra llamada Rubiecito –producida por una avispa chiquita– que llevamos especialmente para los niños debido a su suavidad.

Recolectamos eficazmente la miel, observando los lugares donde hay agua, pues sabemos que todas las avispas bajan a tomarla. Nos sentamos a esperarlas en algún lugar donde entre suficientemente el sol, para verlas bajo su brillo, cuando toman vuelo. De acuerdo a la altura a que lo hacen, podemos calcular la distancia que nos separa de los panales: cuando toman vuelo muy arriba no tratamos de perseguirlas, pues la distancia puede ser de 2000 mts.; en cambio, si luego de tomar agua levantan vuelo bajito, es señal segura de la proximidad del panal. Esta recolección no se efectúa durante el invierno pues, de abrirse los panales en esa época, las abejas o las avispas morirían. A partir de octubre y hasta enero inclusive, podemos vaciarlos con tranquilidad, sabiendo que aún quedan suficientes meses de calor durante los cuales pueden preparar más. Nosotros no tocamos esta nueva miel; la dejamos para sus laboriosas fabricantes.

Cuando terminamos con la captura de panales, volvemos con nuestra carga a donde se encuentra nuestra familia y la madre se ocupa de servir la miel, compartiéndola todos de la misma vasija, como vínculo del amor entre nosotros. El compartir trae la unidad entre hermanos: consideramos que el empleo individual de las cosas nos aleja de la comunidad. También nos enseñan nuestras madres que los panales no deben ser tirados al suelo, pues serían pisados y tal sería pisar nuestra propia suerte y perderla. Respetamos estas enseñanzas de nuestros mayores, quienes tienen su experiencia vivida y nos legaron sus consejos para ser recordados y conservados.

ARTESANIA Q'OM



ARTESANIA Q'OM

## III

Quiero recordar en este capítulo la armoniosa combinación que se daba entre la naturaleza y la alimentación de la comunidad toba. La selva nos proveía de todo tipo de frutos y respetábamos a la Madre Tierra dejándola descansar; por ello, nos trasladábamos de un lugar a otro buscando los nuevos frutos y no volvíamos al mismo sitio sino cuando ya habían pasado el tiempo suficiente para que la selva se recuperase de nuestro «saqueo». Aquellas tierras, fuente natural de alimentos para nosotros mediante el don de sus frutos, había soportado únicamente el cultivo de maíz y batata, a escala familiar, dado que nuestra dieta se basaba principalmente en frutas silvestres, miel y pesca, con algo de caza para cubrir las necesidades de carne. Nuestra comunidad desconocía las legumbres y verduras utilizadas comúnmente en ensaladas (tomates, lechuga, etc.).

Entre la inmensa variedad de alimentos que nos proporciona el reino vegetal, recuerdo cariñosamente la recolección de pasacanas. Es el fruto de una planta que crece a orillas del agua y requiere lluvia para volverse jugoso: aún siendo época de recolección, queda seco si no ha llovido; por eso, los pequeños disfrutábamos mucho cuando, bajo la indicación de buscar pasacanas, después de una buena lluvia seguíamos a nuestros abuelos por senderos que podían ser desconocidos, pero sabiendo que volveríamos con una carga de sabroso YEPAT, como es llamado en nuestro idioma.

También consumimos el NAALAK o Mistol, parecido a una pequeña uva, con jugo espeso y semillas no comestibles; el TAIQOQ o Nangapirí, muy jugoso, la TASE o ELGUAGAI, cuya fruta puede comerse tal como se saca de la planta o preparándola en nuestras casas, forma esta última que permite aprovecharla mucho mejor. De la fruta fresca puede utilizarse únicamente la parte interna pero, hirviéndola, también la externa se vuelve comestible y untándola con miel de abejas se obtiene un auténtico manjar. También saboreamos el agua empleada en su cocción, pues queda muy dulce.

Una fruta muy apreciada es el Chañal, mucho más grande que el Mistol o el Ñangapirí, la cual es saboreada directamente al sacarse de la planta. Se aprovecha todo el jugo y únicamente se desechan las semillas, teniendo buen cuidado de respetar las enseñanzas que al respecto nos inculcaron nuestros mayores, no arrojándolas al descuido en cualquier parte, sino colocándolas donde puedan reproducirse y crear nuevas plantas, lo cual significa nueva vida para ellas y bienestar para nosotros, que gozamos de sus frutos.

Las tunas también resultan comestibles. De las conocidas - usadas incluso como decoración- solamente se aprovechan las frutas, pero en la selva chaqueña o a orillas del Bermejo crecen tunas de las cuales pueden utilizarse tanto las frutas como las raíces. Las primeras se caracterizan por sus diminutas espinas, casi invisibles pero muy agudas, motivo por el cual no las cortamos cuando hay sol pues, al no poder verlas, se clavan en las manos formando pequeños granitos alrededor de la espina incrustada. En cambio, cuando llueve no se corre este riesgo: el agua aplasta las espinas y evita que nos claven. Metemos las tunas en las bolsitas tejidas con hojas de chagua y, al sacudirlas bien, las espinas se prenden a la fibra del tejido y el fruto queda limpio.

Las lastimaduras provocadas por las agujas de tuna se convierten en verrugas, pero los tobas sabemos cómo curar esto: cuando hay tormenta, se exponen las manos a la intemperie, invocando una fórmula que conocemos y, cuando soplamos sobre ellas, el rayo se las lleva. En cuanto a las raíces de tuna, no debemos sacar más de dos, para que la planta no sufra y pueda reponerse. Acostumbramos a hervirlas bastante y a mezclarlas luego con miel de abejas. Recuerdo que, siendo pequeño, compartía con mis cinco hermanos una vasija de miel ofrecida por nuestra madre, quien daba un trozo de raíz de tuna a cada uno y lo untábamos con la miel. Es ésta una entrañable ceremonia familiar, enseñada por mis abuelos, remarcando la importancia de utilizar una sola vasija, donde cada uno va metiendo su raíz de tuna con la mano, significando con ello «yo meto la mano, pero dejo allí el amor»; como cada hermano va haciendo lo mismo, ese amor se mantiene unido, conservando la unidad familiar.

Cuando no se consiguen raíces de tuna, utilizamos las de cardo, aunque son muy pequeñas. En cambio, su fruto es muy dulce. También lo es el del Sencillo y el Guaraniná, planta que crece

como el quebracho y tiene la particularidad de tener una fruta que requiere un tiempo de «estacionamiento» de aproximadamente cinco horas después de arrancarse, para poder ser comida sin lastimarse los labios.

Tenemos en el monte un tipo de palmera (no tan alta como la utilizada actualmente para techar viviendas) de la cual aprovechamos el cogollo que crece entre las hojas. Puede comerse solo o -igual que las raíces de tuna- usarse como pan para acompañar pescados u otras viandas. Las raíces de achira se comen asadas: las ponemos sobre cenizas y las cubrimos con brasas; nunca sobre éstas, porque se quemarían. Pueden recogerse cerca del agua o donde hubo esteros, pues sabemos que es planta de agua y que la almacena. Una vez asadas, comemos sus raíces con miel de abejas.

Una mención especial merece el Biral o QAIAGI, versión silvestre del conocido ananá, que recogemos durante el día pero saboreamos por la noche, junto al fogón. Ese momento es muy significativo para la familia, pues nos reunimos con los abuelos, padres y otros parientes a compartir las enseñanzas de los mayores y las indicaciones sobre el diario vivir. Ese es el momento indicado para comer el Biral, cuidando de conservar las semillitas negras que tiene adentro, las cuales se juntan y guardan en un cuero de guazuncho, para ser preparadas de otra manera:

El primero en levantarse al día siguiente, toma el cuero por sus cuatro puntas y pone las semillas al sol, para secarlas. El siguiente paso consiste en poner al fuego una olla cargada hasta la mitad con ceniza; cuando ésta está caliente, se agregan las semillas de Biral y se revuelven con un palo. Así saltan los Pororó. Volcamos la olla sobre un tejido cuadrado, hecho por las mujeres y, tomándolo por las puntas, lo sacudimos para hacer caer las cenizas, quedando arriba los Pororó bien limpios, que comemos con miel de abejas. Este plato es delicioso y consiste en una tradición para los Q'OM.

Tenemos en el Chaco dos especies de algarrobo (AMAP): el así llamado y el conocido como algarrobillo o algarrobo negro. Las mujeres se encargan de la recolección de sus chauchas y las llevan a casa, a ponerlas en algún lugar donde les dé el sol durante todo el día. Para el atardecer, antes del ocaso, esta fruta se ha secado y ellas se encargan de pisarlas en el mortero (ARANARAKI). El resultado es una harina muy blanca que llamamos AÑAPA: con ella elabora-

mos una torta amasada que puede conservarse mucho tiempo, pues no se echa a perder. Otra forma de utilizar las chauchas es pisándolas en el mortero cuando están recién sacadas del algarrobo, con jugo todavía. Por este medio obtenemos una pasta comestible, muy dulce y de sabor más fuerte que la preparación anteriormente citada. El secado al sol suaviza considerablemente el sabor, dándole un punto justo.

Las chauchas no pueden guardarse durante la luna nueva, pues en ese período se afectan rápidamente y antes del mes están picadas por un bichito que las echa a perder. Por eso, nosotros esperamos hasta unos quince días después de la luna nueva para juntar chauchas y así pueden ser guardadas durante más de un año, sin descomponerse. La Añapa o harina de algarrobo es uno de nuestros más clásicos alimentos y fue el principal (y casi único) de nuestros abuelos.

Con el algarrobo negro (PATAQ) preparamos la aloja que se utiliza principalmente en las fiestas. Para ésto, ahuecamos un tronco de palo-borracho cortado por la mitad, convirtiéndolo así en un gran recipiente donde colocamos agua, la chaucha del algarrobo negro y el mistol. Lo tapamos con un cuero de guazuncho bien estirado, dejándolo bien cerrado y al tercer día, al sacar el cuero, salta como un gas, formando espuma. Esto indica que ya está fermentado y listo para beberse, siendo muy dulce y suficientemente alcohólico como para producir borracheras.

La reducción de nuestras tierras trajo aparejado un cambio sustancial en nuestra dieta. A principios de la década del veinte, una delegación de indios tobas se presentó en Buenos Aires, ante el Presidente de la Nación, a fin de exponer -intérprete/traductor por medio- sus reclamos sobre tierras y solicitar paz para nuestro pueblo, que se veía acosado y perseguido por extraños que se instalaban en nuestro territorio. Mi tío, integrante de la delegación, obtuvo un lote (por ponerle un nombre), con un título provisorio aún sin legalizar a la fecha, mediante el cual se pretendía instalar 37.000 aborígenes en 24 asentamientos tobas: 30 familias en 50 has. cuando esta extensión, debido a las condiciones del terreno, alcanza solamente para una familia que pretenda vivir dignamente. La promesa del gobierno consistía en la entrega de 150.000 has y, en su espera, tratamos de resistir el mayor tiempo posible, hasta que tuvimos que aceptar que la subsistencia en esas condiciones era imposible, ya que no

disponíamos siquiera de lo indispensable para alimentar a nuestros hijos, hecho que decidió nuestra partida hacia Buenos Aires, hace una década, aproximadamente.

Acá conocimos las verduras de hoja, tomates y legumbres varias. Allá las habíamos visto ocasionalmente, sin conocer su uso, como tampoco el de productos elaborados en general. Los únicos a los que accedíamos con frecuencia eran el arroz y los fideos espagueti; luego de llegar a la Capital supimos que existían otras variedades de pasta. Lentamente, en los años que llevamos viviendo acá, nos fuimos acostumbrando al cambio de alimentación, aunque nunca pude aprender a gustar de la pizza o del postre de gelatina.

## El Zorro Y La Perdiz

(FÁBULA)

*La perdiz es famosa por su silbido -parecido al del crespín- que cambia cuando el tiempo se torna tormentoso y frío.*

*Esta habilidad peculiar, dado que es el único animal que emite ese sonido, lo hacía muy admirado y se veía siempre rodeado de amigos que lo acompañaban, provocando la envidia del zorro que se sentía muy solo.*

*Un día, éste quiso mejorar su situación y empezó a buscar a la perdiz pero no podía encontrarla porque ella es muy pequeña y se esconde entre los pastos. El zorro se prometía a sí mismo que, si alguna vez encontraba a su esquivada vecina, le pediría como un favor especial que le enseñara a silbar para así poder hacerse a su vez de muchos amigos.*

*Y una vez, casualmente, se encontraron en medio del campo. El zorro le contó que hacía mucho tiempo que la buscaba en vano y le rogó que fuese su maestra en el difícil arte del canto.*

*El ave aceptó, pero la única forma de conseguir un silbido de la boca del zorro era achicándola: para lograrlo, lo envió al monte a buscar hoja de chagua y con sus hilos le cosió la boca. Una vez terminada la costura, el zorro hizo la prueba, comprobando que por la estrecha abertura salía el silbido deseado. Encantado, salió a caminar y, tanta admiración despertaba su canto, que pronto lo siguieron todos los animalitos de la selva, abandonando a la perdiz.*

*Muy pronto ésta se encontró sola pues el desagradecido zorro, después de sacarle los amigos, se alejó ignorándola y ni siquiera la saludaba.*

*La perdiz se sintió desconsolada y tramó un plan para arreglar el asunto de una vez por todas. Ella conocía el camino que utilizaba el zorro y un día, decidida, lo esperó escondida entre los pastizales. El ingrato se acercaba silbando descuidadamente y, cuando estuvo a un par de pasos de su escondite, la perdiz remontó vuelo súbitamente, aleteando y chillando. Se asustó tanto el desprevenido zorro que, por sorpresa y temor, profirió un tremendo aullido que le descosió la boca al instante.*

## IV

Antes de que existieran alambradas y divisorias, toda la comunidad toba era una sola, conducida por un único cacique (quien mediaba en todo tipo de diferencias entre tribus, evitando guerras), aún cuando sus miembros se asentaran en poblados separados. En forma natural, los consejos de los abuelos y las ceremonias realizadas mantenían la paz entre hermanos, como se consideran -aún en estos días- quienes llevan sangre toba en sus venas. Nuestra deidad máxima, NALÁ (el sol) dotaba al pueblo de paz y era venerado juntamente con el viento, que traía la fuerza. Las ceremonias religiosas consistían, desde aquellos lejanos tiempos anteriores a la conquista, en una danza que se realizaba con las manos tomadas y en su celebración se destacaban los cánticos, acompañados únicamente por tambores y sonajeros, convocadores de bonanza. Cuando se rogaba por la paz se ofrendaban alimentos, dado que mediante éstos se asegura aquella.

En este tipo de ceremonias no se empleaban instrumentos como el violín o la quena que -por ser más festivos- se destinan a ocasiones alegres pero no solemnes, como nuestra más significativa fiesta, NAVOGÓ, con la cual celebramos la Primavera y el comienzo del año. Los meses se contaban por la luna nueva y el año por la fiesta de la primavera y por las estaciones.

Esta importantísima fiesta se declara cuando en el cielo chaqueño se divisa un grupo de estrellas que nos indica si ese año habrá frutos o no. Cuando no aparece, el año pasa sin festejo. El grupito de estrellas lleva el mismo nombre indígena que el mortero (ARANARAKÍ) pues su aspecto recuerda el de éste, cuando se prepara la añapa y en los bordes del mortero va quedando adherida la harina que «salta» al ser golpeada. Dichas estrellas se hacen visibles en horas de la madrugada, en los años buenos para los frutos, destacándose por su brillo y el primero que las ve se encarga de hacer mucho ruido, dando aviso y alertando a todos para hacer correr la información. A partir de ese momento se fija un día, de esa o la siguiente

semana –de acuerdo a la provisión de alimentos disponibles– para tener lista suficiente cantidad de comida y bebida. Y se comienza la recolección de chauchas de algarrobo negro para elaborar la aloja.

Esta, nuestra fiesta principal, es motivo de gozo y alegría. Es el gran momento que aprovechan los jóvenes para observarse, conversar libre y amistosamente y averiguar acerca de los mutuos gustos y costumbres, antes de iniciar relaciones formales que deben contar con la aprobación de los abuelos. Las ocasiones que tiene la gente joven para poder tratarse son bastante frecuentes, pues el río reúne a todos para distintas actividades, desde la provisión de agua hasta la pesca.

Pero la danza de primavera, donde participan miles de personas, es la oportunidad de acercamiento para los jóvenes que se gustan. Se baila en parejas, alrededor del cacique que se mantiene en el centro y él, en un momento dado, lanza un grito ante la gente allí reunida y tira hacia arriba la añapa, en una ceremonia que indica que así como damos recibimos y se invoca con ello a una buena recolección de frutos para ese año.

Los festejos duran un día y una noche, ininterrumpidamente, período durante el cual se relevan los cantores y los músicos cuando se cansan, sin que se detenga el baile en ningún momento.

Una nueva familia puede iniciarse cuando un o una joven gusta de alguien; su intención de elegir compañero o compañera es informada a sus padres y abuelos, quienes transmiten tales deseos a los padres y abuelos de la persona elegida. Si en una primera reunión de tales ocho personas se llega a un acuerdo, se fija una segunda con la presencia de los interesados. En el primero de tales encuentros, deben establecerse algunos puntos elementales: se interroga a la familia de la chica para saber si la futura esposa está en condiciones de encargarse de la comida, si conoce los alimentos y su manejo según las tradiciones, la preparación de la añapa, el uso de hierbas, raíces y otros elementos empleados en la cocina y para remedios, tal como la usada para evitar el llanto de las criaturas (se trata de una enredadera llamada KOGORAIK en lengua nativa). Las respuestas, dadas por los abuelos y padres de ella, demostrarán su capacidad de convertirse en mujer casada.

A continuación, le toca el turno al novio: sus abuelos y/o padres contestarán si sabe pescar, cazar ñandúes y seguir la pista de

las abejas que procuran miel. En una palabra, si sabe trabajar dentro de la comunidad, pues la suma de tales cualidades significa que el muchacho se ha convertido en Hombre. Para adquirir tal categoría, debe conocer las virtudes de plantas y animales, como también tener la habilidad suficiente para mantener una familia propia.

Al día siguiente vuelven a reunirse, pero esta vez con la presencia de los novios y de los demás «abuelos» de la comunidad, quienes son convocados para constituirse en testigos; es ese el momento en el cual se pregunta a la muchacha si acepta al hombre que la eligió. Si la respuesta es negativa, se da por terminado el asunto, indicando a los padres y abuelos de él que no debe molestarla. Por el contrario, si ella declara su conformidad, el novio será llevado aparte, a fin de demostrar si sabe manejar correctamente el arco y las flechas. A tal fin, se cuelga a una distancia aproximada de 50 mts. una hoja de tuna y se provee al novio de diez flechas. Si no da en el blanco, se considera que aun no está en condiciones de formar pareja y se le dan dos años de plazo para que aprenda a tirar correctamente, considerando que no debe formar una familia quien no sabe cazar para mantenerla.

Por su parte, ella debe demostrar que sabe manejar el mortero: las abuelas verifican cómo lo hace y las manos hablan por sí solas, debido a las huellas que deja tal trabajo. Si ella no está preparada, el muchacho o su familia pueden rechazarla, dándole igualmente dos años para completar su aprendizaje. Si antes de cumplirse esa fecha aparece otra persona interesada en alguno de los miembros de la pareja, el primer postulante tiene la oportunidad de demostrar cuánto mejoraron sus habilidades, antes de que otra decisión sea tomada. Si aun no ha aprendido lo suficiente, cualquiera de ellos tiene la posibilidad de optar por el nuevo candidato, si reúne las condiciones necesarias, o seguir esperando al primero.

Hasta una generación atrás, los jóvenes no se demostraban el mutuo interés estando a solas, mientras no se hubiesen realizado las reuniones con los abuelos convocados para testimoniar el «pedido de mano». Con el advenimiento de los programas de escolaridad, la gente joven mantiene tratos amistosos y frecuentes antes de la reunión de los abuelos, pero jamás se prescinde de ellos para la concreción de la pareja.

La oferta matrimonial puede ser iniciada indistintamente

por el muchacho o la muchacha; la libertad en ese aspecto es total y absoluta.

Una vez establecido el «compromiso», se planea la ceremonia matrimonial para tres meses más adelante, aproximadamente, siendo ese el período que destinan los novios para tratarse libremente como tales y aprender a conocerse. Es también durante ese tiempo cuando la actividad principal de los hombres solteros de la tribu consiste en la recolección de leña: grandes cantidades de madera que se apilan formando «montañas» a una cierta distancia una de otra, sobre un terreno llano. Aunque es costumbre elegir noches correspondientes a la época de luna clara para efectuar las ceremonias de boda, debe preverse la posibilidad de un cielo nublado, en cuyo caso se prende fuego a las pilas de madera. Una vez encendidas, la claridad iguala a la del día. Dentro de ese terreno se efectúa la danza, siendo también el fuego y el humo un factor de purificación de la tribu.

Los compromisos siempre derivan en casamiento; no es costumbre romperlos, dado que se pactan frente a los abuelos y ellos son, amén de testigos, los mediadores que por siempre ejercen su protectora tutela sobre ellos y sus hijos, interviniendo en los casos que alguna relación requiera enmiendas. Si alguna circunstancia extraña hiciese que uno de los novios quisiera desistir del casamiento, intervienen los abuelos de ambos, utilizando los remedios naturales que son conocidos para curar el mal en cuestión. Por ejemplo: con raíces y hojas se prepara un líquido con el cual se baña a una chica que siente de pronto desapego por su pareja, sea novio o marido. La tradición no registra casos en que uno de los novios quiera romper el compromiso por gustar más de un tercero; mucho menos se conoce el adulterio o la infidelidad. En el acendrado concepto de hermandad que convierte a toda la comunidad en una gran familia, la elección de la pareja viene acompañada de la consideración previa de sus posibilidades de integración. La elección siempre recae no solo en quien complace la vista, sino en quien reúne las condiciones necesarias para compartir una vida en pareja.

Para celebrar un matrimonio, se realiza la «danza de la amistad», tomándose todos de las manos. La ceremonia incluye la adoración a los dioses: el sol y el viento, a quienes se pide la paz y la fuerza para la nueva pareja. Este festejo es animado siempre por los mayores; los jóvenes se unen a ellos en la danza, pero nunca puede

efectuarse esta celebración sin la presencia de los abuelos. Terminada la danza ritual, el baile continúa en forma generalizada, animada por los sonos de diversos instrumentos musicales. Entre ellos se destaca un tipo de violín de una sola cuerda, hecho con una calabaza traspasada en el medio por una madera que se constituye en un brazo (tipo guitarra) y a éste se sujetan otras maderitas para sostener la cuerda. Este violín es llamado EMBIQUÉ en nuestra lengua nativa y su arco se fabrica actualmente con crin o cola de caballo; antes de la conquista, cuando este animal no era conocido en América, se utilizaba la cola del oso hormiguero, atando los pelos (más cortos que los del caballo) para obtener la longitud necesaria. Se interpretan canciones como la «del Aguila», «del Viento Norte» o la de un pajarito cantor, como así otras relativas a las diversas plantas y aves del entorno. También se interpreta música con quenás (NASHERE) fabricadas con cañas. Para obtenerlas buenas, desechamos las nacidas en medio del monte y seleccionamos aquellas que crecen en las orillas del agua, porque brindan mejor sonido. Se complementa la música con tambores hechos de madera blanda, como el obtenido mediante el corte y ahuecado del palo-corcho cubierto con cuero de guazuncho y con los sonajeros realizados con pezuñas de jabalí, chanchomoro o guazuncho. También se entonan canciones, como una muy popular en la cual una joven se lamenta, llorando, que el joven elegido por ella no esté aun en condiciones de formar familia.

Tras la ceremonia, los recién casados van a vivir a su propia choza, generalmente construida al lado de la casa de los parientes de uno de ellos. Cuando la pareja se forma con miembros de distintas comunidades, ellos deciden libremente en cual de los poblados levantarán su casa, pero siempre manteniendo la proximidad con la vivienda de padres o abuelos.

### El Crespín (FABRIL)

*Al principio de los tiempos, el crespín caminaba sobre el suelo y actuaba como las personas. Más adelante, tuvo que volar y fue su obligación, al llegar la primavera, contar una a una las flores de cada planta y, a partir de septiembre, abrir cada flor con su aliento y no detenerse hasta terminar de contarlas, dejándolas todas abiertas.*

*Cuando llega al fin de su tarea, cae vencido por el hambre, la sed y el sueño. Se salva cuando queda suspendido en una rama, pues, cuando cae al suelo, lo devoran los animales de la selva.*

ARTESANÍA Q'OM



FABRIL

Q'OM

## V

He dedicado un capítulo entero a nuestros frutos de la selva; su excelencia no nos hizo necesariamente vegetarianos, ni mucho menos. Contábamos con abundante caza y, como ya recordamos al utilísimo guazuncho, cabe mencionar otros animales igualmente importantes en nuestra dieta alimenticia. Por ejemplo, tenemos la mulita: puede comerse asada, hervida o cocida al rescoldo. Nos alimentábamos con ella en invierno, época durante la cual engordan. Nuestras enseñanzas indican que debemos ser cuidadosos con sus huesos; no deben ser arrojados en cualquier parte, pues alguien podría pisarlos y, quien eso hiciere, pisaría su propia suerte y la perdería. Como esto forma parte de nuestras ancestrales enseñanzas, lo menciono como medio de conservar la tradición y el conocimiento que al respecto nos inculcaron los abuelos.

Cazamos determinados animales en épocas también prefijadas; por ejemplo, las mulitas pueden verse durante todo el año, como el tatú, pero durante el verano están flacas y no se comen. Para los meses calurosos contamos con la iguana: esta especie no resiste el frío y desaparece de la vista durante el invierno. Durante tres o cuatro meses la iguana se esconde en cuevas y no sale de ellas hasta octubre, mes durante el cual un suceso muy especial la hace salir, aunque aun débil y con la piel tan sensible por la falta de sol, que basta el roce con superficies ásperas para lastimarse.

Ese algo tan especial que despierta a las aletargadas iguanas es el relámpago con el consabido trueno que retumba en esa época. Aunque asusta a mucha gente, a nosotros nos alegra sabiendo que es un llamado a la iguana para que salga de su escondrijo, anunciándole la proximidad del verano. Pese al prolongado encierro, salen gorditas y constituyen un excelente alimento para la comunidad, aunque las mujeres deben tener un especial cuidado en no consumirlas antes de noviembre. Si no respetaran esta condición, sufrirán serios problemas durante el embarazo, como penosa consecuencia

de no haber esperado que pasara un mes desde el momento en que el animal abandonó su refugio.

Considero interesante mencionar brevemente los animales que utilizábamos como alimento en las selvas de nuestro Chaco natal. Al alejarnos de nuestro ambiente, la nueva generación no ha tenido oportunidad de conocerlos; por tanto, es importante que no desconozcan las cualidades y condiciones que los acompañan.

El carpincho tiene una carne muy sabrosa, siempre que previamente se retire la «catinga» (olor muy fuerte y desagradable) que debe ser eliminada cortándola de entre las pezuñas. También aprovechamos del carpincho el cuerito equivalente a la «palma de las manos», con el cual fabricamos collares muy indicados para suavizar los efectos de los resfríos fuertes o gripes.

La nutria proporciona buena carne comestible, amén del cuero que antiguamente se utilizaba como vestimenta; en la actualidad, tal prenda es vestida únicamente durante festejos propios de nuestro pueblo. El chanco moro es un animal montaraz, de carne comestible una vez retirada la «catinga» que lleva en el lomo; ésta es cuidadosamente guardada después de ser separada de la carne, pues es buen remedio: al ser masticada, desprende un olor que adornece el dolor de muelas.

Este detalle de nuestras comidas apunta a que nuestros chicos sepan todo lo posible sobre los alimentos que consumíamos antes de nuestra llegada a Buenos Aires, los cuales -por otra parte- son los mismos que sustentaron a nuestros mayores.

Párrafo aparte merece el ñandú. Su carne es asimismo comestible, pero su cacería debe atenerse a ciertas ineludibles normas. En primer término, nunca debe realizarse antes de la época del viento Norte, cuya proximidad nos es anunciada por el canto de un ave llamada chuña. Al oírlo, su aviso nos llena de alegría, sabiendo que llega el momento de cazar ñandúes, animal muy arisco y astuto que detecta rápidamente la proximidad de la gente. En esto es ayudado por un águila de los montes, que «grita» en cuanto ve a alguien, medio que utiliza para avisar a los ñandúes que nos acercamos. Para engañarlos, los cazadores nos disfrazamos cubriéndonos con ramas de ñangapirí y hojas de chagua, simulando ser yuyos y moviéndonos siempre contra el viento, para evitar que el olor humano llegue al ñandú y lo espante.

Una vez cazado el animal, es imprescindible juntar todas sus plumas, si bien la tarea es harto difícil considerando el juguetón viento Norte. Pero el ñandú, como todas las aves, tiene dueño (el Pombero) y no debe provocarse su enojo dejando plumas abandonadas, pues se llevarían nuestra suerte. Volviendo a la cacería del ñandú y una vez recogidas las plumas, la tarea se centra en cuidar muy bien el buche -el cual debe llevarse entero- para ser utilizado en los partos.

El buche es secado al sol hasta quedar como un papel y así se lo guarda hasta el momento de su empleo. Cuando se hace necesario acelerar los trabajos de parto, se lo hierva en agua, agregándole un poco de ceniza. Una vez enfriado, la parturienta bebe este líquido, produciéndose el alumbramiento de 10 a 15 minutos después de su ingestión.

El recién nacido es tomado por su padre y el hijo mayor, un pariente cercano o amigo muy allegado a la familia moja la cabeza del bebé con agua de una vasija que está junto a la madre, a fin de evitar los celos entre hermanos. Esta ceremonia establece entre ellos un vínculo de amor que no se debilita jamás.

El amor del niño queda centrado en la placenta; por ese motivo, jamás la tiramos. Se cava un pequeño pozo donde la depositamos y, cubriéndola con tierra, marcamos el lugar con una madre-ra. De ese modo, devolvemos ese amor a la Madre Tierra, para que lo guarde. Si no respetáramos ésto, arrojando la placenta como un desperdicio, se habrá arrojado también el amor del niño y éste se volverá desobediente y poco cariñoso. Solamente después de cumplida esta ceremonia, podrán los familiares tocar al recién nacido ya que ese pequeño ser compendia en sí el sentido del puro amor, que no debe manosearse.

Una vez recuperada del parto, la madre elige su árbol o arbusto favorito, el considerado por ella como el más bonito de la zona y lo planta en el lugar donde fue enterrada la placenta. De esa manera se conserva por siempre el vínculo entre madre e hijo, aun cuando con el correr de los años éste se aleje físicamente de ella (por ejemplo, casándose con una muchacha de otra tribu). La comunicación se mantiene a través del árbol plantado en el lugar donde se enterró la placenta y allá acude la madre cuando quiere llamar al ausente, entonando un cántico que dice de su tristeza y nostalgia por

el hijo extrañado; el viento llevará este mensaje y él irá a verla sin importar cuán lejos esté.

También se toman cuidados delicados con el ombligo del bebé. Una vez retirado, se envuelve en tela confeccionada con fibra de chagua y se lo lleva consigo durante cinco meses, tras lo cual es enterrado. Esta precaución evita que el niño sea demasiado inquieto, por andar buscando más adelante el cordón perdido.

También sabemos remediar la nostalgia de los pequeños por el padre cuando éste se encuentra lejos del hogar, debido a cacerías, recolección de frutos o cualquier tarea que deba realizar alejado de ellos: la madre toma prendas de vestir del ausente y las coloca como almohada bajo la cabeza del entristecido chiquillo, con lo cual el mal es superado en una noche.

El signo más relevante de nuestras familias es el amor que impera entre sus miembros. Toda nuestra conducta tiende a enaltecer este sentimiento, principalmente, entre padres y hermanos carnales. Las ceremonias con que recibimos a las criaturas se realizan sabiendo que les transmiten el amor con que son esperados y recibidos. Asimismo, cuando llega el momento del destete, tan conflictivo para los infantes, quemamos una parte especial de la raíz del algarrobo, consiguiendo con el humo producido que sean ellos mismos quienes comiencen a rechazar la leche materna, al cabo de unos días de comenzado el «tratamiento». De esa manera, el niño no se siente alejado por el obligado destete y muy pronto comienza a alimentarse con miel (aguada para evitar que se atore), sopa de pescado, aloja sin fermentar, etc.

Si bien las actuales condiciones de vida no permiten la práctica de todas estas tradicionales costumbres, es importante que no sean olvidadas y, por sobre todo, que no se abandone el espíritu que las ha inspirado. La seguridad del recién nacido, su inserción en el grupo familiar y el acendrado sentimiento de hermandad, sin celos ni temores; el contacto ininterrumpido entre padres e hijos, a través de tiempo y distancia y la seguridad de pertenecer a una comunidad tan íntimamente estrechada con lazos de sangre y afecto, son las bases que deben seguir sustentando la naturaleza de los tobas, independientemente del lugar donde nos toque vivir.

### *El Zorro y los Chajáes*

(FABULA)

*Una vez el zorro salió de su guarida y fue hacia el estero donde estaban los chajáes. Se les acercó para contarles cual era su gran deseo: poder acompañarlos cuando se remontaban en el azul del cielo, cada mediodía. Les pidió que le enseñaran qué debía hacer para convertir su sueño en realidad y las aves le indicaron que trajera bastante cera del monte, cosa que el zorro hizo de inmediato. El chajá que encabezaba el grupo le indicó que mantuviese levantadas las patas delanteras y las untó con abundante cera. Luego pidió la colaboración de sus compañeros y cada uno de los chajá le regaló una pluma que pegaron a las patas, para convertirlas en alas.*

*Cuando estuvo listo, lo invitaron a probar y el zorro levantó vuelo. Se sentía muy feliz, planeando en las alturas y trató de seguir a los chajáes. Las aves subían más y más pero él no podía alcanzarlas pues al acercarse al sol aumentaba el calor y la cera se iba derritiendo, despegando las plumas. Mientras los chajáes seguían subiendo, su canto repetía: ¡cha-jhá, cha-jhá! Y el zorro, al verse caer, gritaba: ¡sak-á! sak-á, sak-á! (que en toba significa: ¡me hago pedazos!...)*

## VI

Nuestros niños comenzaban temprano a aprender lo necesario para subsistir en la selva, hecho que no les impedía disfrutar de la naturaleza, los juegos infantiles y los deportes practicados en la comunidad. Entre estos últimos recuerdo el KELOKÉ, que nos reunía cuando, tras la lluvia, el tiempo no nos permitía salir a recolectar frutos o a pescar.

Se comienza recogiendo un barro especial, muy arcilloso; lo mezclamos con huesos animales (previamente quemados y triturados en mortero hasta convertirse en harina) y lo amasamos para darle la forma de una pelotita del tamaño de las usadas para jugar tenis. Nosotros la atravesábamos con dos cruzados palitos de madera y la dejábamos bajo cenizas calientes y con fuego de leña encima hasta la siguiente mañana; para entonces, se volverían rojas y duras como piedras y, al retirarle las maderitas, la pelota quedaba hueca.

Para la competición se selecciona un lugar en la arenosa tierra blanca donde no crece vegetación y se hace un pequeño montículo; sobre él se apoya la pelotita y, utilizando como bate una larga madera cuyo extremo tiene forma de cuchara, se la golpea con toda la fuerza posible. Al girar en el aire la perforada pelotita, produce un agradable sonido similar a un silbido; quien consiga el mejor efecto sonoro será el ganador y podrá llevarse el premio: miel, añapa, charque, pescado y similares dejados por los apostadores y cuidados por el mayor de los abuelos que intervenga en la competición. Este abuelo es también el «árbitro» encargado de determinar quien se constituye en afortunado ganador.

Otro juego deportivo se realiza con unas tortitas fabricadas con la cera producida por una avispa que tiene la particularidad de no picar, pero sí de cortar el pelo cuando se introduce entre los cabellos. Por supuesto, para recolectar su miel es necesario cubrirse la cabeza con una bolsa, que especialmente para tal fin se teje con hojas de chagua.

Los panales fabricados por esta especie tienen una conformación diferente a la realizada por las abejas comunes: en lugar de hacerlo en un sólo depósito (panal), estas avispas almacenan la miel en minúsculos panales semejantes a bolsitas individuales. Y es con esta cera que hacemos tortitas muy bien armadas, en cuyo centro se clava una espina de pinal. Se extiende un cuero de guazuncho dejándolo bien tirante y, sobre esta superficie, se le da impulso con una madera, haciendo girar la tortita sobre la espina que la atraviesa. Con esto se produce un sonido muy agradable, que también da lugar a competencias.

Otro juego sonoro se logra clavando un poste con un extremo cóncavo, sobre el cual ponemos otro poste puntiagudo; en el hueco se coloca carbón. Al girar el poste superior, el carbón se va triturando y produce crujidos similares al de una motocicleta a la carrera.

También se obtiene un buen efecto atando, con el hilo obtenido de las hojas de chagua, unas maderitas perforadas y afinadas con piedra: al ser revoleadas en el aire, producen un sonido equivalente al motor de un automóvil.

Sin entrar en competencia, uno de los más entretenidos y refrescantes juegos infantiles es llamado la TEE, que se juega en las aguas de ríos, arroyos, etc. De un mazo de maderas cortadas en varillas de similar longitud, cada chico va sacando una. Pero, como entre ellas hay una más corta que las demás, a quien le haya tocado en suerte quedarse con ella le corresponderá convertirse en perseguidor de los otros. Siendo un juego acuático, la persecución se hace muy divertida, entre zambullidas y brazadas tratando de no ser alcanzado pues, en cuanto el perseguidor consigue atrapar a una «víctima», quedan cambiados los papeles y el alcanzado pasa a ser quien corre tras los demás.

Desde chiquillos, el «juguete» principal de los niños es el arco y la flecha. Como no debe herirse la (madre) tierra, estos juegos se realizan en lagunas o ríos. Esta familiaridad adquirida desde pequeños con nuestros cursos de agua, hace del toba un excelente pescador desde muy joven. Y es la pesca un rubro muy importante en nuestras vidas. Los aborígenes que habitan en el norte del Chaco, junto al río Bermejo, inician su aprendizaje con el debido respeto a las normas que rigen esta actividad. La pesca se efectúa con arco y flecha, cuidando de apuntar al agua, a 5 cm delante de la cabeza del

pez para que, al ser levantado por la corriente, quede ensartado por la cabeza y nunca con las tripas atravesadas. Si esto último ocurriese, se reventaría la vejiga natatoria que llevan los peces en su interior y su consumo en la mesa familiar quedaría vedado para los niños, para no perjudicarlos en el futuro en su condición de pescadores. Mediante ese «depósito de aire» el pez vive bajo el agua; si es dañado, a través de su carne transmite a los niños el mal recibido y los incapacita para zambullirse -por ejemplo, para tirar las redes- pues padecerán insuficiencias respiratorias. Debido a esto, ningún niño varón debe probar un pez cazado en tales condiciones, sin importar como se lo prepare.

El pez ensartado en la cabeza por la flecha de caña -que flota manteniéndolo en la superficie- gira en el agua muriendo en el acto y resulta muy fácil de ser tomado. Nuestras flechas se hacen con una caña que crece en las orillas del Bermejo, a la cual le afilamos las puntas y son disparadas por arcos que fabricamos con madera de tala o guayaibí, garabato o jacarandá. Estos arcos duran aproximadamente un mes: pasado ese tiempo, la madera se seca, perdiendo su flexibilidad y, por ende, su utilidad. Para la cuerda del arco utilizamos cuero de guazuncho y, así equipados, obtenemos nuestro alimento del río, consistente principalmente en sábalos y bogas. La comunidad los consume asados, hervidos, cocinados al rescoldo o convertidos en charque, el cual consiste en tiras de carne bien salada y puesta a secar al sol sobre ramas de árboles. De esta manera, conservamos carnes y pescados para la época de las lluvias, cuando no se puede pescar ni cazar. También gustamos tomar un pez llamado cascarudo que, por carecer de espinas, es ideal para las criaturas.

La pesca con red es habitual y acostumbábamos a practicarla en una laguna cuyo nombre, traducido, significa «el tigre rasguñó el árbol», nombre que proviene de una tradición que menciona precisamente ese hecho: un gran felino fue visto arañando un árbol que crecía junto a la laguna, dando así origen al nombre que se conserva hasta hoy. Este tipo de pesca se lleva a cabo con dos grupos que se meten en el agua con sus redes y se van acercando uno a otro haciendo ruido y agitando la superficie. Los peces, acorralados entre ambos grupos y debido al movimiento, comienzan a saltar y son atrapados fácilmente.

Pero este método de pesca entraña un gran peligro moti-

vando que, antes de iniciarla, los abuelos pregunten a los participantes si alguno está con problemas. Un ejemplo es: quien ha sido padre en esos días corre el riesgo de perderse en el agua, por asimilación a los riesgos que corre su esposa, quien no debe meterse en el agua (ni ir a buscarla) durante el puerperio, pues puede desaparecer en ella. Cuando nace un bebé, el padre debe evitar la pesca durante un mes, dado que sería picado por serpientes o herido por rayas u otros animales que detectan por el olor su condición de flamante papá. El hecho de constituir una pareja implica que cada uno comparte la situación de su cónyuge: por tanto, lo vedado a la esposa es igualmente peligroso para el marido.

Durante el embarazo, las mujeres deben evitar la ingestión de palometas y también del corte vacuno denominado marucha, ya que ocasiona al bebé una enfermedad que, afortunadamente, todos sabemos curar en nuestras propias casas, utilizando un tratamiento a base de ceniza, pero es obvio que de todos modos significa un trastorno. Estando en ese estado, no deben ir a buscar agua cuando sopla el viento norte, pues las serpientes dejan huellas en los caminos al salir de sus nidos y, si las cruza una futura mamá, se verá con problemas y demoras en el parto. La abuela-partera (quien también sabe determinar el sexo de la criatura a nacer) resuelve de inmediato este inconveniente: le canta al bebé una canción de bienvenida, haciéndole saber que lo quieren y que será bien recibido y el chico nace enseguida.

Las mujeres deben observar precauciones también durante el tiempo de menstruación, período durante el cual no deben tocar las redes o la bolsa de guazuncho destinada a la recolección de miel, ni el arco o la lanza. Si lo hicieren, tanto el marido como la flecha perderían la puntería, habilidad que solo puede recuperarse metiéndose entre el humo producido por la planta de CHILKA al quemarse. Tampoco puede comer miel o la carne que se cazó en el día ni otro alimento traído por el hombre. Sólo puede consumir lo obtenido o preparado por ella misma, evitando asimismo cocinar para los demás miembros de la familia.

Cuentan las tradiciones que una muchacha fue a buscar agua en los días indebidos y súbitamente desapareció. Los abuelos dicen que a veces puede ser vista del otro lado del agua, pues vive con los peces.

Para quienes consideran insólitas nuestras creencias o cos-

tumbres, quiero apuntar que no menos sorprendidos quedamos nosotros cuando, llegando a las grandes ciudades, encontramos en la gente temores que nos eran desconocidos, como el suscitado por el paso bajo una escalera, el vuelco del aceite o la costumbre de no entregar saleros de mano en mano, para no mencionar el -para nosotros- extraño ritual que se lleva a cabo cuando se ha volcado sal sobre la mesa.

### *Leyenda del Rayo*

*Un día unas mujeres fueron a buscar chauchas de algarrobo y encontraron tantas que, a su regreso, informaron a los demás sobre el descubrimiento y se organizaron para ir al siguiente día, con un grupo más numeroso, llevando suficientes bolsas de malla donde poder cargar una buena cantidad.*

*Esa noche hubo una gran tormenta pero el día amaneció bueno y decidieron ir de todos modos al lugar donde la vispera se había hallado tan buena provisión. Precedía el grupo la abuela que el día anterior había encontrado el sitio. Al intentar acercarse, la detuvo una forma grande, parecida a un animal, que en la vispera no estaba allí. La mujer le pidió permiso para recoger el alimento y también le preguntó quien era y qué hacía en ese lugar. El extraño animal contestó que estaba solo y que venía del cielo: era el Rayo que había caído la noche anterior durante la tormenta y no podía volver al cielo sin ayuda.*

*Las mujeres juntaron ramas verdes y pasto seco hasta formar cuatro montones alrededor de él y les prendieron fuego para facilitarle el regreso al cielo montado en el humo. El Rayo agradeció la ayuda y prometió pagar el favor, ofreciéndose a responder cualquier llamado de auxilio que oyera desde el cielo si, dejándose llevar por la ira, un día llegara a arrojarse sobre la tierra.*

*El humo se hizo nube y el Rayo subió al cielo. Por eso, cuando hay tormenta y las criaturas se asustan, las abuelas salen al patio, dan tres vueltas alrededor de la casa y lanzan gritos. El rayo las oye, se aleja y desaparece el peligro.*



## VII

Hay diversas circunstancias en la vida, que requieren cuidados especiales, como se menciona en el capítulo anterior. Una, muy tristemente inevitable, atañe a quienes están de duelo. Aquellos que han perdido familiares cercanos, pueden cazar o pescar para su propio sustento, pero deben hacerlo muy cuidadosamente y sin cansarse, porque la familia está debilitada y, por ende, todos y cada uno de sus miembros se ve afectado por esa situación. Si no se tomaren las precauciones necesarias o abusasen de sus fuerzas, no podrían recuperarse. En parentescos de primer grado, ésto debe observarse estrictamente los seis primeros meses; luego, de a poco, se va volviendo a la vida normal, la cual se recupera en su totalidad luego de transcurridos ocho o diez meses. Durante ese tiempo, todos los demás miembros de la tribu contribuyen a la manutención de quienes están atravesando tan tristes momentos.

Para dar fuerzas a la familia del extinto, se pide ayuda al viento mediante cánticos entonados durante las ceremonias fúnebres. Asimismo, con ellos se acompañan los restos durante todo el camino hasta el lugar donde será enterrado. Los parientes del difunto no deben mirar atrás mientras acompañan el cuerpo, pues serían llamados por aquel y, cuanto más avanzado en edad haya sido, más fuerte tendrá la voz. El canto da apoyo y fortaleza a los deudos, indicándoles que deben seguir adelante.

Entre los detalles que deben cuidarse durante el tiempo de duelo, debe destacarse la prohibición de comer los «pichones» de los panales de miel de abejas pues, de hacerlo, sufrirán problemas con la dentadura: dolor de muelas, etc., situación que también puede producirse si, durante los seis primeros meses, se arrojaran a un perro los huesos de las piezas cuya carne ha sido consumida por los deudos. Si un perro muerde un hueso arrojado por alguien durante el período de duelo, con seguridad quien lo arrojó se verá con los dientes en tal estado, que andará con la cara hinchada. Por tanto,

nadie que tenga un pariente recientemente fallecido dará huesos a ningún perro hasta tanto hayan transcurrido seis meses. Para evitar ésto, los huesos deben ser enterrados profundamente.

Asimismo, debe esperarse que transcurra ese lapso hasta estar nuevamente en condiciones de zambullirse; de hacerlo antes, los problemas de oído pueden llegar hasta la sordera.

En el cielo encontramos señales que nos indican la proximidad de un duelo: cuando muy junto a la luna nueva hay una estrella particularmente brillante, esto indica la cercana muerte de un pariente muy allegado, como un hermano, por ejemplo. El hecho que, una vez producida la muerte, el cadáver no se vuelva rígido y conserve la blandura del cuerpo vivo, indica asimismo la pérdida de otro familiar.

Una especialísima ceremonia se realiza cuando un cacique muere solo, como puede ocurrir en caso de accidente en pleno campo o bosque, sin haber tenido oportunidad de transmitir su espíritu a un sucesor. Al desaparecer súbitamente, se lleva todo consigo y es necesario esperar tres meses para determinar su herencia. Pasado ese tiempo, con la presencia de todos los abuelos se efectúa una ceremonia que dura cinco o siete días. Para llevarla a cabo, se avisa a los ancianos de la tribu y, en el lugar donde fue enterrado el cacique, se le hace saber a su espíritu que esa noche será invocado y se pide su presencia en el sitio donde se reúnen los abuelos. Durante esa ceremonia, realizada en noche oscura, se utilizan solamente los sonajeros, por ser los indicados para efectuar tal llamado. En esa ocasión se oirá la voz del cacique, quien indicará a cual de sus hijos le deja su herencia, o sea a quien transmite su espíritu. Con el correr de los años, el elegido demuestra que sigue la línea del cacique muerto y que sus logros son similares a los de su padre. Hasta que se afirme en él aquel espíritu, el nuevo cacique debe trabajar con los abuelos (quienes son igualmente los responsables de la tribu durante los tres meses intermedios) aunque, de hecho, los caciques cuentan siempre con la colaboración de los ancianos: no trabajan solos. Y, en las tareas que no pueden realizar, como la atención de los nacimientos, se llama a las abuelas autorizadas para tal función.

Por ser el cacique quien ve todo, sabe todo y puede hablar con el viento, el agua y los pájaros, también sabe a quien dejar su herencia. Debe ser alguien de carácter definido y fuerte, bondadoso pero no blando. Por tanto, elegirá entre su descendencia a quien

reúna las condiciones necesarias para continuar su trabajo con justicia y quien más y mejor informado esté de las tareas realizadas, por haberlas compartido. En pocas palabras, a quien realmente está en condiciones de sucederlo.

Los caciques deben ser siempre hombres casados y con hijos, hecho totalmente natural en una sociedad que no conoce la esterilidad, ni femenina ni masculina, siendo habitual que una pareja cuente con cinco o seis descendientes. En las muy raras ocasiones en que éstos tardan en llegar, se utilizan remedios naturales que normalizan tal situación de inmediato. Tales condiciones fueron conservadas entre la población toba, en tanto se mantuvieron en sus ambientes naturales, sin intervención de medicinas químicas ni alimentos artificiales.

Nuestros mayores nos han transmitido sus conocimientos sobre los secretos de la naturaleza y sus manifestaciones: sabemos como respetarla y, por ende, aprendemos a cuidarnos y a estar sanos. Jamás vi enfermos a mis abuelos, por dar un ejemplo. Los curanderos tienen más trabajo con los accidentes que con las enfermedades, pero creo que estos hábiles ayudantes de la tribu merecen un capítulo aparte.

### *Leyenda de la Luna*

*Al principio de los tiempos, existía un hombre que andaba solo por el mundo, hablando únicamente con los pájaros. Durante sus largas caminatas, oía la voz de una mujer pero no podía descubrir de dónde provenía. La buscó en los troncos de los árboles y entre las aguas, pero no daba con ella. Pensó que venía de un «tacurú» que vio al pasar, mas nuevamente falló en su intento. De pronto, la oyó más próxima y acercó el oído a la tierra; de ese modo, se dio cuenta de que surgía de las profundidades. Tomó una rama de jacarandá y después de aguzar su punta, cavó un pozo de un metro. Al notar que se había aproximado bastante a la buscada voz, siguió excavando hasta que, cuatro metros más abajo, aparecieron los cabellos de la mujer. Al verlos, exclamó contento: «¡Encontré a la mujer que me hablaba!» y ella, saliendo de la tierra, lo abrazó y formaron la primera pareja.*

*En el borde del pozo apareció otro hombre, quien los miraba desde arriba, invitándolos a subir, para lo cual les arrojó una enredadera con la condición de que fuese ella la primera en trepar. Cuando ésto se cumplió, el recién llegado se alejó corriendo, llevándose la consigo y dejó al otro abajo. Pero en el pozo comenzaron a oírse ruidos y apareció un vacaré que se prendió a la pared de tierra y ayudó al hombre a subir. Una vez afuera, éste comenzó la búsqueda de su compañera y en su camino encontró una abeja fabricando miel.*

*—¿Has visto pasar por acá a un hombre con una mujer?  
—le preguntó.*

*Pero la abeja, muy ocupada en su propio quehacer, no prestaba atención a nada que no tuviese relación con su trabajo específico y no pudo ni quiso responder.*

*Siguiendo su recorrido, encontró un picaflor quien, ante*

la misma pregunta, solo contestó:

—No tengo tiempo, debo controlar todas las flores; estoy trabajando desde la salida del sol.

Más adelante, repitió la pregunta a una hormiga. La atareada obrera contestó que nada de tiempo le quedaba para mirar a su alrededor, ya que el único descanso que conocía era el proporcionado por el mal tiempo, cuando la lluvia le impedía trabajar. Ya desesperaba el hombre de dar con los fugitivos, cuando encontró una gallareta, a quien repitió la pregunta. Ésta respondió:

—Yo veo cuanto anda por el lago y puedo cruzarte. Si tienes valor, lo haremos juntos. No sé si moriremos en esta prueba, pero podemos intentarlo.

El se prendió al cuello de la gallareta y de esta suerte cruzaron el lago. En la otra orilla encontraron la casa de la buscada pareja y, una vez en ella, el hombre que lo había abandonado en el pozo no lo reconoció, pero el loro que vivía en el lugar le contó cuanto sabía; por tal razón, hasta hoy los loros hablan como personas.

La mujer se alegró por el encuentro y, tras pedirle perdón, prometió que, de allí en adelante, siempre lo seguiría a donde fuese, para no separarse nunca más.

—Es imposible —contestó él— porque ahora debo ir a un lugar donde hace demasiado frío.

—No importa —insistió la mujer—. Yo quiero seguirte.

—No, no. Nadie conoce ese lugar y el frío es muy intenso —remarcó el hombre.

Ella insistió de tal manera que finalmente fueron juntos, pero el destino de él era la luna y realmente allí el frío era insoportable. La mujer no pudo resistirlo y murió. Sus huesos cayeron a la tierra y él quedó allá arriba, por lo cual la luna sigue siendo hombre y primer marido de la mujer.

## VIII

Recordando a los curanderos o sanadores, es importante destacar que trabajan en forma similar a la de los especialistas ciudadanos. Quien está dotado para atender un mal específico, se dedica con exclusividad a esos casos, habiendo personas capacitadas para cada dolencia.

Mi querida abuela, quien se alejó físicamente de nosotros a los 113 años, se dedicó durante toda su vida a recibir bebés y, siendo partera de la comunidad, me permitió acompañarla como ayudante en diversas oportunidades, trabajando exclusivamente en la asistencia de parturientas. Pero, cuando uno de mis hermanitos se fracturó la mandíbula como consecuencia de un golpe contra una madera, tuve ocasión de presenciar el tratamiento que le aplicó el curandero al que fue llevado, quien comenzó entonando la canción que llama a la araña. Al ratito, ésta bajó por la pared y tomándola, el hombre le habló. Luego metió la araña en la cavidad del maxilar roto, pues el hueso había perforado la carne. El chico lloró un buen rato y luego se quedó dormido. Cuando despertó ya no volvió a llorar y volvimos a casa; a los veinte días habían desaparecido hasta las huellas del accidente, pues en ese lapso la herida abierta va cerrando. Estando ya totalmente curado, mi hermanito sufrió una tremenda picazón, dado que la araña seguía allí y —ya sin trabajo que realizar— pugnaba por salir. Para retirarla, se debe volver al curandero, quien la hace salir con otra canción.

No todos los curanderos tienen el poder de manejar a las arañas para las curaciones. Solo algunos. Pero otros pueden hablar con las serpientes: los especialistas en mordeduras de yarará, con diversos métodos y siempre empleando el canto, utilizan manos o boca para extraer las bolsitas de veneno que la víbora deja en la gente. Y cada uno emplea el don con que cuenta para beneficio de la comunidad.

Menos afortunado fue otro hermano mío, quien no pudo

ser salvado a tiempo, tras sufrir una dolencia muy particular: tenemos en el Chaco un oso mielero -animal pequeño pero muy peligroso- que afecta a los descendientes de quienes los matan. Habitualmente, nadie lo hace, pero hubo una ocasión en que mi padre tuvo que defender a su único perro, excelente cazador de mulitas, cuando fue atacado por este oso.

Sabemos que, si el matador tiene mujer embarazada, en el sexto o séptimo mes se producirá el aborto. Pero en este caso, mi hermano contaba ya con seis años y comenzó a enfermarse lentamente. Como no mejoraba, consultaron a varios sanadores, pero ya era tarde. Debajo de la piel, su cuerpo se había llenado con la piel del oso y, al momento de intervenir los curanderos, estaba totalmente cubierto. De haber quedado alguna parte libre, podría haberse salvado. Mi padre observó que el chico adoptaba la posición del oso al tratar de arrancarse la lanza y así comprendieron el origen del mal.

Los animales influyen directamente en nuestras vidas. Cuando una mujer está encinta, tanto ella como el marido deben evitar comer pirañas; de hacerlo, no podrá evitarse que la criatura -desde que empieza a mamar y hasta los ocho años- muera de la misma manera que lo hace este pez.

En cambio, las arañas son consideradas como reales guardianes domésticos; su presencia en las casas se considera afortunada pues es la «pollito» la primera en avisar cuando entra una yarará. Las viviendas no nos protegían contra estas víboras, pues las casas se construían con cañas y pasto, para ser fácilmente quemadas al dejarlas. Nos trasladábamos con mucha frecuencia de un lugar a otro: la «migración» era aproximadamente anual, siguiendo el ciclo de los frutos recolectables, esperando siempre un tiempo prudencial para volver cuando la tierra estuviera ya descansada y dejando en ellos algunos depósitos de comestibles para ser utilizados la próxima vez.

Un procedimiento especial se emplea con las batatas: se siembra para el año y, luego de su recolección, se las deja secar al sol y se guardan en bolsas. Una vez secadas, las batatas no se pudren y, embolsadas, se entierran cuidadosamente, quedando almacenadas en tal depósito hasta la siguiente vez que se vuelva al mismo lugar.

El cultivo de papas, batatas o mandioca comenzó después de la conquista española. Originalmente, la alimentación toba se basaba en frutos silvestres, pesca y piezas de caza. Entre éstas pueden

mencionarse algunas aves, como el Tuyango (cazado en lagunas, esteros y ríos), el cual nos brinda una carne que, al hervirse y debido a su grasa, colorea el agua como si tuviera salsa, resultando de ello un caldo que también utilizamos. En cambio, tenemos la Chuña que no es comestible pero sí apreciada, pues nos anuncia el viento norte y con él la posibilidad de ir al siguiente día a cazar ñandúes.

También el Chirincota trae noticias, pero éstas son malas cuando él canta, pues es un ave nocturna. No así el Guanchibiro que tiene dos cantos: uno de ellos es el simple cantar que carece de significado especial, pero el otro -cuando es entonado donde estamos reunidos- es seguro anuncio que nos llegarán visitas de lejos.

Hay aves que no deben ser cazadas, por ser poseedoras de atributos especiales. Entre ellas, nosotros respetamos mucho a una especie de chajá pequeño, de color marrón que, si se acerca cantando hasta una vivienda, traerá problemas al matrimonio si los esposos no se toman de las manos hasta que se haya alejado. Si pasa en el momento en que un hombre está sólo, si se halla sentado deberá permanecer quieto y, si de pie, tirarse al suelo.

No es éste el único animal que influye en nuestras vidas, por supuesto. En los campos del Chaco, si una lechuza fija su mirada en un gato, le resta a éste las fuerzas, dado que la lechuza trabaja con los ojos. Un gato casero que se topa una noche con la mirada de una lechuza, seguramente estará mal algunos días, hasta que haya pasado el efecto.

Nuestras actividades de caza, pesca o recolección terminaban al anochecer, cuando los abuelos acostumbraban reunirse para brindar sus enseñanzas a las jóvenes generaciones, destinadas principalmente a inculcarles un amplio concepto de amor a la humanidad, a la familia y a la naturaleza en todas sus expresiones. Cada noche y en todas las casas, junto al fuego encendido en el patio, los ancianos reunían a hijos y nietos para volcar en ellos sus conocimientos, relatarles vivencias personales y las recibidas a su vez de sus propios abuelos, conservando las tradiciones y experiencias vividas para el bien común. En Pampa del Indio, donde yo vivía, todos estábamos cerca; así pues, cuando terminaban los relatos de mi abuela podía ir -por ejemplo- a casa de una tía, quien estaba también reunida con los suyos, en las cotidianas charlas que precedían a la cena. Para ésta, nos sentábamos sobre mojones -que sirven como asien-

to-comiendo en platos de barro, salvo que tuviésemos sopa, en cuyo caso nos acercábamos todos con nuestras cucharas de caracoles y nos servíamos con ellas, directamente de la olla.

Nunca nos sentamos sobre los leños que se utilizan como tizones, mientras se está quemando la punta, pues nos volveríamos perezosos, tal como ocurre con quienes se sientan sobre piedras sacadas de su lugar. Asimismo, ante los fogones ponemos cuidado en calentarnos de frente, evitando dar la espalda al fuego, pues ello equivaldría a dar vuelta el espíritu con el consiguiente riesgo de desorientarse y perderse en los bosques, etcétera.

Nuestras cenas consistían en todo tipo de carnes que se comían asadas, hervidas o cocidas bajo las cenizas, envueltas en hojas, utilizándose tradicionalmente los recipientes de barro. Nuestros abuelos, como una avanzada en la ecología, nos enseñaron desde siempre el daño que sufre la Madre Tierra cuando sepultamos o tiramos sobre ella elementos que le son ajenos, como se hace actualmente con latas y plásticos. El suelo se resiente por ese mal trato, privando a la gente de sus mejores frutos. Antes de la conquista, cuando aun el metal no la había traspasado, nos brindaba todo lo necesario para la alimentación; posteriormente, hubo escasez y hasta algún año en que nos negó sus productos.

Las poblaciones que aun residen en el norte del Chaco mantienen la tradición utilizando vajilla de alfarería y cultivando sus escasas parcelas con los productos de antiguo conocidos o criando algunas aves de corral u ovejas. Quienes tuvimos que dejar nuestra tierra nos hemos visto también obligados a cambiar de costumbres, por necesidad e imperio de las circunstancias; de hecho, fue en Buenos Aires donde conocí la mayoría de las verduras utilizadas en ensaladas, aunque aun no hemos aprendido a gustar de los rabanitos.

### Leyenda Q'OM

*Había una vez un matrimonio que tenía dos hijos: un varón y una niña. Un día, el padre llevó a sus hijos al monte a buscar miel y, una vez encontrado el panal, lo abrió indicándoles que hicieran la recolección mientras él, armado de arco y flechas, trataba de cazar ñandúes. Con este propósito se alejó de ellos pero inesperadamente se encontró perdido, como ocurre con aquellos que dan la espalda al fuego y, desorientado, ya no pudo encontrar a sus hijos. Entretanto, el pequeño sacaba la miel y su hermanita la guardaba en la bolsa de cuero de guazuncho; a la puesta del sol y tratando de sacar el resto, el nene metió la mano hasta el fondo y no pudo retirarla, quedando atrapada en el panal. Comenzaba a oscurecer y el padre no volvía; los pequeños se asustaron y la niña comenzó a llorar de miedo. En ese momento se agitaron las hojas del árbol y, al mirar entre ellas, vieron un pájaro carpintero que comenzó a bajar por las ramas. Al llegar al suelo, se transformó en un abuelo de blancos cabellos, quien preguntó a la pequeña porque lloraba.*

*—Mi papá se fue a cazar ñandúes hace ya mucho rato y no volvió —fue la llorosa respuesta— ¡Y mi hermano no puede sacar la mano de la mielera!*

*—No te preocupes más —dijo el abuelo— Yo te voy a ayudar. Como carpintero daré tres picotazos a la madera y tu hermano podrá retirar la mano. A propósito, ¿qué hay en esa bolsa?*

*—Está llena de miel.*

*—¿Y a dónde piensan ir ahora?*

*Mientras tenía lugar esta conversación, se había cumplido lo anunciado y el nene tenía ya el brazo libre.*

*Con el padre ausente, las criaturas no sabían qué hacer o*

para dónde ir. Ante tal situación, el abuelo aconsejó:

—Niños, ustedes no son de aquí y no saben andar por este monte, pero yo lo conozco palmo a palmo y sé que por acá anda un gigante que se come a los animales enteros. También querrá devorarlos a ambos, así que será mejor que presten mucha atención y me hagan caso, pues yo puedo salvarlos.

Busquen el ununday más alto que puedan encontrar y suban a ese árbol llevando bastante hilos de hoja de chagua. Cuando estén en lo más alto, corten un par de rainas y átenlas con la chagua, formando una gran cruz, la cual deben cubrir de miel. Como el gigante olfatea a la gente, con seguridad los va a seguir y, por el olor, los ubicará en la copa del árbol. Intentará sacudirlo hasta hacerlos caer pero, antes de que esto ocurra, deben decirle que le han traído comida. Tienen la cruz desde arriba, adentro de la boca y, como va a quedar atravesada en su estómago, de seguro morirá y ustedes se habrán salvado.

Los hermanitos cumplieron al pie de la letra las indicaciones del abuelo y, a las nueve de la noche, apareció el gigante, quien encontró su fin tal como había sido previsto. La cruz que se tragó quedó inmortalizada en el cielo pues, transformada en estrellitas, formó la Cruz del Sur.

A la mañana siguiente, el hambre comenzó a acosar a los chiquillos; el varón tomó su arco y flechas e intentó cazar una paloma. Pero ésta le dijo:

—Quiero ser amiga de ustedes y puedo serles útil, pues conozco todo este monte.

El niño bajó la flecha y se dispuso a escucharla. La paloma explicó que en la espesura existía una choza donde vivía una mujer que comía carne cruda y también trataría de comerlos a ellos. Como la vieja tenía en su casa bastante chaucha y harina de algarrobo, con el pretexto de ofrecerles comida, los iba a mandar a buscar leña para hacer el fogón. Deberían obedecerla en todo pero, cuando llegara el momento de soplar para avivar el fuego, tendrían que decirle que estaban muy cansados y pedirle a ella que siguiera soplando. Cuando la vieja se inclinara para hacerlo, podrían salvarse empujándola con un palo. La paloma les había dicho la verdad y según lo previsto se sucedie-

ron los hechos. Cuando llegó el momento, empujaron a la bruja al fuego, pero entre las llamas sabía la mano y les preguntaba quien les había sugerido tal idea.

Cuando por fin quedó muerta, ellos se acercaron a observarla y vieron que algo se movía aún en el pecho de la bruja. La pequeña tomó una madera y la hincó en el cuerpo; de un lado salió un perro y del otro una perra. Como el movimiento continuaba, volvió a hundir el palo y esa vez salió una víbora. Por eso dicen que, como son la esencia de las brujas, todas las serpientes son malas. En cambio, los perros se pusieron contentos de haberse liberado y, cuidándose mutuamente, los cuatro dejaron el lugar.

Con comida y cuidados, los perros crecieron rápidamente y se convirtieron en guardianes de los niños: minutitas éstos dormían, uno miraba para el este y el otro vigilaba el oeste.

Un día que salieron a caminar, tanto anduvieron que en un momento dado la sed comenzó a apretarlos. Encontraron un pozo y el niño bajó a buscar agua, pero era tan profundo que no podía volver a subir. La hermanita corrió al monte, donde contó una fuerte enredadera que tiró al pozo para que sirviera como escalera y por ella pudo salir el chico llevando consigo el agua necesaria. A cierta distancia vieron un ñandu y en ese momento hablaron los perros: avisaron que trataban de cazarlo; si lo conseguían, sería el alimento de todos pero, si fracasaban, deberían irse para no volver. Los cuatro se echaron a llorar ante esta posibilidad, pero la prueba debía realizarse y por eso los perros corrieron tras el ñandu, levantando una gran polareda. Se colgaron del cuello del ave, pero esta levantó vuelo y comenzó a alejarse, llevándolos consigo. Desde las alturas, los perros decían: «¡Estamos acá y no podemos volver a la tierra!»

Entonces se transformaron en estrellitas, formando un camino en el Norte del firmamento, con la cabeza apuntando al Sur. En julio son bien visibles en el cielo chaqueño.

## IX

Así como se inicia la enseñanza a los niños en el manejo del arco y las flechas alrededor de los nueve años, aún más temprano comienzan a trabajar con cerámica horneada. La confección de artesanías es una habilidad que se traspasa de generación en generación: las máscaras indígenas son símbolos del pueblo aborígen. Si bien actualmente se utilizan pinturas compradas, en un principio se utilizaba tanino o el color rojo natural de la tierra y se podía variar el tono por el sistema de ahumado obtenido con hojas.

Es con gran satisfacción que puedo contar que obtuve el primer premio en una exposición realizada en Posadas, en 1992, usando el método que me enseñó mi abuela: se comienza cavando un pozo de un metro de profundidad, con un largo aproximado de 1,5 mts. Se cubre el fondo con ramas finas y hojas verdes, mezcladas con las secas. Sobre esa base se colocan todas las piezas de cerámica, las cuales, al día siguiente, estarán negras por el humo. Acá, en Buenos Aires, faltándonos las hojas utilizadas en el Chaco (que producen mucho humo), nos hemos visto obligados a reemplazarlas por aserrín. Con éste obtenemos piezas de un negro brillante, tanto externa como internamente. También comenzamos a usar hornos de barro, del tipo empleado comúnmente para hornear el pan, donde colocamos el aserrín.

Las artesanías hechas de barro pueden pulirse antes de ser horneadas, hasta conseguir un brillo muy especial. Las de cerámica de arcilla sintética son más opacas. En un horno de leña, la temperatura puede elevarse hasta los 800°; se enciende el horno y, al cabo de una hora, aproximadamente, reconocemos al tacto que la temperatura alcanza el punto deseado. Se carga la leña en gran cantidad y, al rato, las piezas ya han tomado un color muy rojo. En ese momento se retiran las brasas, dejando las obras dentro por tres horas más, con la temperatura necesaria. Después agregamos la leña verde y esperamos otras tres horas, dando tiempo a que el

intenso humo realice su trabajo de coloreado.

Las artesanías no deben hornearse en la semana de la luna nueva, pues las piezas salen rajadas o cuarteadas o pueden llegar a reventar. Habitualmente, son pocas las tareas que pueden realizarse en esos días, dado que tampoco puede hacerse charque: aunque el salado sea correcto, no se conserva; tampoco fabricamos arcos ni llevamos a cabo tareas que requieran confecciones similares; por tanto, toda actividad es escasa durante esa semana.

El hecho de iniciarse en la confección de artesanías desde tan temprana edad, convierte muy pronto a nuestros niños en jóvenes artistas, dispuestos a aplicar las técnicas enseñadas por sus mayores, quienes vuelcan en ellos todo su saber y experiencia, sin egoísmos ni secretos. No existe en nuestra comunidad el sentimiento de posesión exclusiva de un bien o un conocimiento; por el contrario, todo es compartido. Por tanto, nos resulta ajena y sorprendente la costumbre de reservarse una habilidad artística o no, para fines privados, actitud habitual en las sociedades de consumo a la cuales debemos adaptarnos, aunque esperamos hacerlo sin por ello perder nuestros valores tradicionales. Debido a ésto, ponemos nuestro mejor empeño en educar a nuestras criaturas con los elementos que les permitan convivir con amistades o compañeros ciudadanos, sin desconocer por eso las costumbres de nuestros mayores. Entendemos que el conocimiento de la propia raza y sus tradiciones, enriquece al individuo al proporcionarle el natural orgullo y la seguridad de saberse integrante de un grupo humano específico, cuyos valores puede y debe preservar, aun viviendo en una cultura de características diferentes, como ha ocurrido en todo el mundo —a través de los siglos— con las diferentes etnias, razas y religiones que se han visto trasplantadas a otras tierras por cuanto motivo histórico, cultural o económico pueda invocarse.

Debemos aceptar que día a día se hace más difícil lograr que no se pierdan nuestras tradiciones, sobre todo aquellas que se relacionan específicamente con la vida en la selva, dado que su práctica es imposible; no obstante, es importante que sean conocidas por nuestros pequeños, tanto por su valor como parte de nuestro acervo cultural como por la utilidad que pudieran brindar a quienes algún día regresen al Chaco. Por las respuestas de mis hijos, aún aquellos criados en Buenos Aires, entiendo que aceptan nuestras antiguas

costumbres y que les gustaría conservar las enseñanzas de los abuelos, aunque haya distintas tendencias entre otros miembros de la comunidad. No puedo desconocer que, si bien los mayores estaríamos física y mentalmente en condiciones de retomar la vida selvática, nuestros hijos requerirían una preparación y un tratamiento distintos, por su desconocimiento del ambiente. Y, aunque el paso del tiempo haya hecho desaparecer del Chaco algunas antiguas ceremonias ya caídas en desuso en época de mis padres, quiero dedicarles un capítulo aparte, por su significado dentro de nuestra sociedad.

## X

Nuestros muchachos veían demarcadas sus etapas de crecimiento por diversas ceremonias, aceptadas en la comunidad indígena como medida necesaria para asegurar la fortaleza y habilidad de los jóvenes que deberían más adelante mantenerse a sí mismos y a sus familias con sus propios medios. Y así como debían demostrarlo para ser aceptados en matrimonio, también debían cumplir etapas previas para estar bien preparados.

Al comenzar la adolescencia, digamos a los catorce años, los muchachos son llevados junto a MAMANGÁ, avispas que anidan en el suelo y producen picaduras dolorosísimas, de las cuales se ocupan oportunamente los curanderos. Pero, para esta oportunidad especial, alguno de los asistentes mayores golpea el nido dejando que salga una sola avispa, siendo el nido inmediatamente tapado y se deja que el jovencito pelee con ella utilizando una rama llena de hojitas, llamada «escoba de padre»; con ésta debe combatir a la avispa hasta voltearla. Una vez logrado el primer paso, se debe repetir la operación varias veces, para que el jovencito practique la defensa y, a medida que va adquiriendo habilidad, se deja salir un mayor número de avispas cada vez: primero de a dos, luego de a tres y así sucesivamente. Al acostumbrarse a luchar con ellas, puedan llegar a hacerlo con catorce, quince o más de estos insectos; esta práctica proporciona al muchacho la agilidad y habilidad necesarias para que —algún día en el futuro— esté en condiciones de luchar con fieras de la selva.

Si durante este «entrenamiento» el joven es picado por las avispas, se interrumpe momentáneamente la práctica para que sea atendido, reiniciándose ésta más adelante y por el tiempo y veces necesarias hasta poder ser considerado totalmente hábil y capaz.

Más impresionante era la prueba a la cual eran sometidos los jóvenes para convertirse en hombres, es decir, al llegar a los diecinueve o veinte años. Personalmente, nunca la presencié, pero mi padre me contaba que los muchachos debían ir con su padre, llevan-

do miel, hasta un lugar solitario de la selva chaqueña, donde el padre subía a un árbol; desde allí dictaba a su hijo las instrucciones necesarias: cortar dos postes de madera y clavarlos en el piso, hacer fuego y poner las brasas dentro de la miel, para quemarla. Ese olor, semejante al del azúcar quemada, se extiende por el monte y hace venir a una gigantesca víbora, de aproximadamente 4 mts. de longitud, llamada Lampailagua. Este reptil no tiene veneno, pero sí la característica de procurarse alimento enroscándose a su víctima hasta triturarla, sea un guazuncho o una nutria.

Como a esta víbora le disgusta el aroma de la miel quemada, se acerca enojada, haciendo al arrastrarse un ruido fácilmente reconocible, que permite al padre avisar al joven para que se prepare. Cuando la serpiente está bien cerca, debe arrojar lejos la miel y ubicarse entre los dos postes clavados, sujetando bien ambas maderas para que no se cierren, pues la lampailagua se enrosca a ellas y aprieta. Si se cerraran, al juntarse la presión le rompería los huesos. El padre está siempre muy atento pues, si el joven aún no es hombre, cambiará de color y posiblemente se desmayará. Si tal cosa ocurre, lo lleva arriba para alejarlo. Si, por el contrario, se sostuvo abriendo los postes con la presión de sus brazos, la víbora empieza a enroscarse y va subiendo. Cuando llega a la altura del pecho, comienza a oírse el jadeo del animal, que va denotando cansancio. La lampailagua queda quieta aproximadamente dos minutos y luego cae al suelo, volviendo a intentar enroscarse dos veces más. A la tercera, no consigue subir más allá del muslo, debido al cansancio que le ocasiona la presión ejercida desde que inicia la primera subida. Finalmente, queda en el suelo, como muerta. Cierra los ojos y comienza a vomitar piedras de diversos colores. Mi abuelo contaba que dichas piedras son formadas por la misma serpiente cuando se enoja y hace fuerza, como en los casos que acabo de describir. Esas piedras tienen hermosos colores, pero no debemos tomarlas pues, en cuanto se toca una, la víbora deja de vomitarlas y perdemos la única valiosa, la última y esperada piedra roja. Cuando ésta sale, el padre -desde arriba- indica a su hijo que la recoja y la coma; luego de ver cumplido ésto, baja del árbol, lo abraza y declara su condición de hombre a quien nada podrá asustar, pues ha comido la fuerza y el coraje de la lampailagua. Finalmente, la serpiente se recobra y se aleja sin daño, pues no debemos matarla.

Esta experiencia, dura como pueda parecer a los extraños, sirve para que el hombre no se paralice cuando se le aparezca un oso, un tigre o cualquier animal salvaje, como así también para que no le fallen las fuerzas aunque cruce a nado el Bermejo o para evitar que se acalambren o le duelan los pies aunque camine un día entero.

Mi padre no conoce caso alguno en que sufriera daños el joven practicante de tan rudo ejercicio. Ciertamente, hubo ocasiones en las cuales, debido a la impresión, se produjeron desmayos y algún padre tuvo que intervenir para retirar a su hijo del lugar. En tales oportunidades, se dejaba pasar cierto tiempo hasta repetir la experiencia, pero todos los varones debían pasar por ella y aprender a aguantarla. Mientras no cumpliera esto, el muchacho no era llevado con los demás para realizar tareas de hombre como es, por ejemplo, la caza de jabalíes, trabajo harto peligroso que no debe llevarse a cabo sin este entrenamiento previo.

Aunque esta costumbre ha sido abandonada hace ya muchas décadas, forma parte de la antigua educación de los varones y su método e intención no deben ser olvidados por los mayores o desconocidos por los jóvenes. Entendemos que la comprensión de sus tradiciones ayuda al conocimiento de la propia raza y enriquece al individuo al proporcionarle el natural orgullo y la seguridad de saberse integrante de un grupo humano específico, cuyos valores debe conservar, aun viviendo en sociedades de distintas características. Esto ha sido necesario para la preservación, durante siglos y en diversas partes del mundo, de las diferentes etnias, razas o religiones que, a lo largo de la historia, fueron desarraigadas de su entorno por cuanto motivo cultural o económico haya podido invocarse.

Espero que este libro haya brindado una interesante pintura de nuestra vida en la selva a los lectores ajenos a la comunidad Q'OM y, a nuestros hermanos más jóvenes, la posibilidad de compartir, entre sus páginas, las experiencias y costumbres de sus abuelos.

## Índice general

Introducción .....	7
Mapa .....	10
Presentación .....	11
Cap. I.....	15
Cap. II.....	21
Cap. III.....	27
Cap. IV .....	33
Cap. V .....	41
Cap. VI .....	47
Cap. VII .....	55
Cap. VIII .....	61
Cap. IX .....	69
Cap. X .....	75

### Historias del pueblo Q'om

#### FÁBULAS:

<i>La Chuña y el Zorro</i> .....	19
<i>El Zorro Y La Perdiz</i> .....	32
<i>El Crespín</i> .....	38
<i>El Zorro y los Chajáes</i> .....	45

#### LEYENDAS:

<i>Del Rayo</i> .....	52
<i>De la Luna</i> .....	59
<i>Q'om</i> .....	65

### Artesanías

Pava .....	25
Jarrón .....	39
Lechuza .....	53
Paloma .....	73

